

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



**LA FELICIDAD**  
**DE LOS OTROS**

Título Original: *L'heureux des autres.*

Edición original: C. Marpon et E. Flammarion. París. 1891

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para  
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

## LA FELICIDAD DE LOS OTROS

¡Lo que hay de bueno en la felicidad de los otros, es que se cree en ella!

Una vez, en un país muy lejano donde las hadas todavía bailaban bajo la luz de las estrellas, en el lindero del bosque, un pobre miserable, andrajoso, viejo y feo, casi idiota – triste mendigo de los caminos – vio a un caballero regresar a su palacio; y ese caballero iba vestido de brocados y oro – pues nadie era más rico que él – y en ese palacio resplandecían al sol unos muros de jade rosa incrustados de pedrerías. El pobre miserable pensó que sería muy feliz si estuviese en el lugar de ese hombre tan rico; y, como antes, sobre el camino una hada le había regalado un talismán, él no tuvo más que formular el deseo de ser ese mismo caballero. Pero, habiendo transcurridos pocos días, se vio tan atormentado por el temor a que unos bandidos se introdujesen en su casa para robarle sus tesoros, tan inquieto por los hurtos de sus mayordomos y las disputas de sus herederos, que se sintió el más desgraciado de los seres vivos. Paseándose, lleno de preocupaciones, por un sendero de su bosque, vio a un joven campesino y a una aldeana bonita y joven que caminaban cogidos de la mano, que hablaban en voz baja, que se amaban; y en los ojos tenían una infinita felicidad. «Desde luego, no desearía otra cosa, pensó él, que estar en el lugar de ese joven que se pasea con su amante.» Y, por el poder de su talismán, se convirtió en ese mismo enamorado. Pero pasadas pocas semanas, fue traicionado por su bienamada, la vio sonreír a otros con los labios y los ojos que él había creído tan sinceros; y reconoció que ningún infortunio era más cruel que el suyo. Presa de la más sombría desesperación, se alejó de los bosques y los campos donde aquella a la que amaba ya no le amaba, y, al llegar a una gran ciudad, vio un gentío en alegre tumulto. ¡Proferían gritos de júbilo! ¡Se cantaban tonadas alegres! Se celebraba la gloria de un guerrero que llegaba a la cabeza de su ejército; el rostro de ese general deslumbraba en la luz bajo las victoriosas banderas. «¡La verdadera dicha consiste en ser el triunfador que todo un pueblo aclama!» Y usando todavía su talismán, se convirtió en ese guerrero colmado de gloria. Pero, después de muy pocos meses, se vio rodeado de tantos odios y envidias; tantas calumnias intentaron envilecer su virtud guerrera, negar su valor; se le enfrentaron tan indignos rivales, que llegó a tener asco a los combates y a los estandartes. Cayó en una profunda depresión. Atravesando un campo de batalla cubierto de muertos, observó un cadáver, el cadáver de un hombre muy joven, apenas de quince años, tal vez menos, un niño. Ese pequeño había sido abatido por alguna bala antes de haber conocido los falsos placeres y las verdaderas

tristezas de la vida. Sobre su rostro pálido y dulce, donde los ojos eran puros, donde sonreía la boca, había como una infinita alegría. Entonces, aquél que había sido un rico caballero, un amante feliz, que ahora era un triunfal jefe, envidió a ese cadáver; y, como el talismán todavía no había perdido nada de su poder, se convirtió en ese joven muerto. Esa fue la única vez que no tuvo que arrepentirse del cambio.

### LA PARADULTERA

Hacia el final de ese almuerzo entre amigas, las invitadas, – ¡ni un solo hombre! ¿qué iba a hacer allí un hombre, por favor? – cedieron a la tan natural tentación de mostrar sus joyas, de hacer admirar su valor y ensalzar su procedencia.

– Yo – dijo Anatoline Meyer – creo que puedo enorgullecerme de este collar de perlas absolutamente perfectas, sobre el que mi madre, vendedora de cuadros, no duda, los días en los que me encuentro apurada, en prestarme veinticinco mil francos cuando los negocios van mal, veintiocho mil francos cuando van bien. Lo obtuve de un extranjero, tal vez un emperador, tal vez un mindundi, que no dijo su nombre, y se conformó, hombre de sentido común, con una sola efusión de mi agradecimiento.

Jo dijo:

– Yo tengo por toda joya esta sortija. Un solitario. No se encontraría un diamante tan milagroso entre los que se disputaron los compradores de los diamantes de la corona. Me lo regaló un príncipe de Dinamarca que, a punto de casarse, lo había comprado para realzar el ajuar de su novia, ¡hija única de un rey nórdico! Pero prefirió olvidarla acariciándome los cabellos, entre los pequeños rizos de mi nuca.

– Estáis – dijo Constance Chapat – muy lejos de pareceros a los escaparates de las joyerías, y es una pena ver cuan desprovistas estáis de esas abundancias de pedrerías que harían deslumbrar vuestros cuellos y muñecas, y que el luminoso vaivén de lo que rodease vuestro cuello, pondría de relieve el ritmo de las palpitations de vuestro pecho.

Mientras decía esto de pie, lucía bajo el esplendor de la lámpara una gloriosa dispersión en toda su persona,– collares, rosarios, brazaletes, pendientes, sortijas, – de brillantes, rubíes, amatistas, topacios e intensas gemas. Y explicó que, para obtenerlos, había reducido a la quiebra, además de volverlos fraudulentos y falsos, a poderosos y honorables negociantes y a hijos de familias muerta de tisis, que la justicia acabó viendo con malos ojos.

Pero Emmelina, – sin ninguna joya, con el pecho al descubierto y los brazos desnudos, nada más que carne, – explotó con una carcajada ante esas jactancias.

– ¡Qué diríais – dijo – si abriendo ante vosotras mi caja fuerte, os mostrase el innumerable tesoro de piedras preciosas que yo tengo entre obligaciones de los ferrocarriles y lotes de acciones!

Nadie se atrevió a replicar. La miraban, la envidiaban. Se sabía que, apenas bonita, – no fea sin embargo, – todavía joven, mañana vieja, Emmeline no mentía al celebrar sus

riquezas mobiliarias; se sabía también que poseía casas en la ciudad y en las afueras; en una palabra, ¡era rica, completamente rica! De modo que Jo, que no tiene pelos en la lengua, dijo finalmente con los codos en la mesa:

–Puesto que se presenta la ocasión vas a decirnos el medio del que te has valido para obtener tan extraordinaria opulencia, siempre creciente, que nos sorprende y es objeto de nuestra envidia. Algo que nadie ignora es que tú nunca has conquistado la ternura de un financiero realmente serio o de un rey dilapidador de su patrimonio. Sin embargo, si no tienes doce caballos en las cuadras de tu palacete y si no das de beber a tus criados vino de Capua en copas de oro macizo, es únicamente porque no eres menos avara que rica. ¿Qué has inventado para enriquecerte de ese modo? ¿Has encontrado una estrategia para hacer saltar tres veces al día la banca de Montecarlo? ¿Eres la jefa de alguna banda de bandidos que detiene los trenes en la pradera entre las Montañas Rocosas y el lago Winnipeg? Explícate de una vez por todas y que sepamos a lo que que atenerse contigo.

Emmeline, con el sonrojo de un poeta modesto sorprendido en flagrante delito de obra maestra, dijo:

–Es cierto que he inventado algo; desde luego no es con procedimientos ordinarios, donde se detiene la rutina de vuestros encantos, a lo que debo mi prosperidad verdaderamente incomparable. ¡He sido ingeniosa! Lo confieso; y voy a revelároslo...

Todas prorrumpieron al unísono:

–¡Habla! ¿Qué has imaginado?

Emmeline respondió:

–He pensado cumplir, y cumplo, en efecto, la función de paradúltera, que me produce unos beneficios considerables.

\*\*\*

¡Paradúltera! Eso era muy difícil de comprender. La interrogaron con la mirada; hubo alzamientos de hombros, que querían decir: «¡No, no sé que es eso!» Tras un silencio, Emmeline reanudó su discurso:

– Vosotras sabéis perfectamente que las personas de nuestro mundo, poco inclinadas a la austeridad, no son en estos tiempos las únicas que consienten en tiernas imprudencias; sería exagerado pretender que todas las mujeres casadas, en sus aristocráticos saloncitos, son imperturbablemente fieles a sus maridos; nos vemos obligadas a reconocer que, entre tantas esposas, más de una no se conforma con sus deberes más que de un modo relativo; y, en definitiva, desde hace ocho o diez años, la adúltera ha dejado de ser extraordinariamente rara.

–¡Caramba! – dijo Constance Chaput.

–¿Y entonces? – dijo Anatoline Meyer.

Emmeline continuó:

–Entonces, aquellas a las que se llaman las mujeres de la buena sociedad no se abandonan menos que nosotras mismas a las solapadas sollicitaciones del deseo. Pero lo que no constituye un peligro para nosotras, libres como somos, no lo es para ellas, a las que una ley severa oprime; y se han visto maridos descorteses, – no hablo de aquellos totalmente anticuados que hacen uso del estúpido revólver – se han visto, como digo, maridos hacerse acompañar del comisario de policía para constatar in fraganti el supremo suspiro de delicia ingenuamente emitido por sus esposas en la alcoba de los apartamentos de soltero.

–Hombres maleducados – dijo Anatoline Meyer.

–Imbéciles, – dijo Constance Chaput.

–Groseros o idiotas, no importa, – prosiguió Emmeline – ‘tales maridos existen! y yo he basado mi fortuna sobre este incuestionable hecho. ¡No es del todo cierto que haya actuado solamente guiada por el amor al dinero! He concebido, a la vez que una esperanza de hacerme rica, la generosa idea de salvaguardar de los más graves inconvenientes a las ilustres mundanas que consienten, aquí y allá, en sentimentales abandonos. ¡Paradúltera! ¿ese término indica exactamente la función que llevo a cabo? sí. No más que el pararrayos no suprime el rayo, yo no suprimo el adulterio; ¡ah! ¡lejos de mí ese pensamiento! ¡una se aburre tanto aquí abajo!, ¿y en que nos convertiríamos si no existiese la poesía, la música y los besos culpables? Pero yo evito del adulterio todo lo que podría tener de enojoso a cambio de una honesta retribución; y si ellas quieren depositar en mí su confianza, las esposas de los maridos más irascibles no tienen nada que temer de la policía judicial en las habitaciones de hoteles lejanos ni en los apartamentos de citas de las plantas bajas, donde, rápidamente apeadas de un coche, ellas entran con el velo bajado.

Tras haberlo meditado un instante, Jo dijo:

– Es verdad que tal función merecería, con todos los agradecimientos, los más serios emolumentos. Pero tú omites decirnos como lo consigues: ¿Por que ingenioso medio preservas de enojosas situaciones a las mujeres casadas en el preciso momento en el que ellas llevan el olvido de sus deberes conyugales hasta la ignorancia de en lo que se pueden convertir las batistas de su lencería dispersas por todos los rincones?

Emmeline dijo:

–Nada más sencillo. Yo las acompaño.

–No comprendo del todo – dijo Anatoline Meyer.

–Yo tampoco – dijo Constance Chaput.

Pero Jo exclamó, con los ojos brillando por el entusiasmo:

–¡Ya lo entiendo! y en efecto eres digna de las más sinceras admiraciones. Sí, sí, ya lo veo, ya lo sé. En realidad has debido emplear mucho tiempo en hacerte una clientela; pues, ante todo, era necesario publicitar tu actividad entre la mayoría de los jóvenes susceptibles de incitar a imprudencias definitivas a las mundanas que inquieten el celo conyugal. Pero, – al tener relaciones tan numerosas –por fin has conseguido ese primer resultado; y, luego, todo te marchó sobre ruedas.

–Sobre ruedas, en efecto – dijo Emmeline.

–Cuando una joven esposa se introduce furtivamente en algún picadero tú entras con ella...

–¡Eso es!

–...¡No menos oculta que ella misma!

–¡Sí!

–Apenas dentro, te desvistes en cualquier rincón de la habitación...

–¡Justamente!

– ¡Y actúas como si no estuvieses allí!

–Como si no estuviese.

–No prestas atención a las palabras de ternura, a los gestos cariñosos con los que el amante acoge y recompensa a su temeraria amiga.

–¡No presto atención!

–Y, finalmente, estás tan perfectamente ausente, que la reprehensible esposa no ve ningún inconveniente en responder mediante confesiones a las peticiones arrodilladas de su vencedor, y una vez arrojados el vestido, los encajes y las batistas, se embisten aquí y allá, como palomas heridas sobre la alfombra de la habitación.

– ¡Qué bien adivinas la situación, querida Jo!– dijo Emmeline.

– Pero si alguien llama a la puerta, si una voz grita: «¡Abrid en nombre de la ley!» entonces surges tú, sales de tu escondite; mientras la enamorada se refugia y se encierra en alguna habitación contigua tú te precipitas en la cama. Y cómo, bajo tu gran bata que dejas caer, estabas naturalmente por una preocupación indicada, muy sucintamente vestida, en concordancia con la aventura prevista, el comisario de policía, – ante la puerta abierta por el amante o derribada por los brutales agentes, – admira la realidad de las faldas, de los encajes y las batistas desperdigadas por todas partes, constata que el vizconde de Argeles o el Sr. de Marciac tenía en su cama a la Señorita Emmeline, de las Novedades-Parisienses; no pregunta más y se va, no sin antes haber dirigido severos reproches al marido que tiene los ojos desorbitados por la incredulidad.

\*\*\*

Todas las convidadas a ese almuerzo de amigas fueron unánimes en juzgar incomparable la invención de Emmeline y la finura de la que Jo había hecho gala adivinándolo. ¡Nada era más digno de elogios, en verdad, que el empleo de paradúltera! no solamente era lucrativo, puesto que valía a su titular las ofrendas agradecidas de los amantes fuera de peligro y de las mundanas preservadas, sino que era infinitamente útil y honorable; los más austeros moralistas no habrían podido estar más de acuerdo; y Jo exclamó: «Desde luego podemos mostrar con justo orgullo nuestras joyas tan bien adquiridas por los tiernos abandonos a los que nos inclina nuestra natural misericordia; pero Emmeline puede enorgullecerse mucho más que nosotras cuando, con su caja fuerte abierta, contempla su innumerable tesoro de piedras preciosas, guardadas entre obligaciones del ferrocarril y lotes de acciones; pues debe ese tesoro a una función que se mofa de los anticuados celos de los maridos, y, gracias al peligro desaparecido, ¡alienta las deliciosas traiciones de las esposas que todavía dudan!»

### EL GRAN BAILARIN

A pesar de lo que hay de ridículo en bailar en uno de esos bailes de caridad o de empresas, en el Gran Hotel o en el Hotel Continental, el Sr. de Puyroche, apartado de la multitud, no vaciló en pedir un vals a una joven, demasiado escotada, sin mangas, vestida con colores extravagantes, con muchas cintas al vuelo, bonita, rara, divertida, con aspecto de estar sola y de no querer continuar estándolo.

Ella le respondió con un bonito acento americano, mostrando unos dientes puntiagudos y blancos, puntiagudos para morder, blancos para ser besados:

– ¡Oh! ¿realmente, señor, quiere usted bailar conmigo?

– Es uno de mis deseos más intenso.

– ¿Bailar? ¿aquí?

– ¡Sin duda! ¿Dónde si no?

– ¿Sobre este parque?

– A menos que siendo un ángel acostumbrada a bailar entre las estrellas, no consienta usted en prestarme dos alas un poco usadas que ya no le sirvan.

– No, no – dijo ella riendo hasta sus rosadas encías – no soy un ángel, pero si usted quiere bailar conmigo debe usted seguirme lejos de toda esta muchedumbre.

¡Seguir! él no pedía más.

Cuando abandonaron la sala, ella subió, él precediéndola, la gran escalera del hotel, siguió a lo largo de la pared de un pasillo y empujó una puerta; se encontraron en la habitación donde se alojaba la extranjera.

Ella dijo con un poco más de acento:

– ¿Realmente sigue deseando bailar conmigo?

– ¡Siempre! ¡más que nunca!

– ¡Pues bien! – dijo ella – ¡Bailemos!

Él se acercó con los brazos abiertos para el abrazo; ella tenía los hombros redondos, muy gureos; y la doble redondez de su pecho se alzaba, dulcemente palpitante, fuera de las sedas y de los encajes, como saldrían del nido dos tórtolas con los picos rosados.

– ¡Ah! ¡no! – dijo ella – ¡no así!

– ¡Eh! ¿Y cómo, entonces?

– Fíjese.

Ella fue a coger en un rincón, detrás de un mueble, una cuerda enrollada, subió sobre una silla, colgó, sobre la pared, a una fuerte alcayata de cobre, uno de los



extremos de la cuerda, descendió, atravesó la habitación, subió sobre una consola, suspendió el otro extremo en otra alcayata, brincó, se encontró de pie, con un solo pie apoyado en el trenzado de cañamo, con toda su falda elevada en el balanceo; y, bajo sus brazos levantados, se rizaba un musgo de oro.

– Soy una equilibrista – dijo riéndose – Acabo de llegar de Nueva York y tengo que ebutar el próximo mes en el Circo de Invierno, y tengo esta cuerda en mi apartamento para «practicar» como decimos nosotros. Vamos, señor, quiero bailar con usted, venga!

El Sr. de Puyroche no es uno de esos hombres pusilánimes a los que el peligro puede desvanecer el deseo! Por otra parte, habiendo obtenido éxitos en la pista del circo mundano, él se consideraba bastante buen gimnasta.

Sin aparentar la menor sorpresa, dijo:

– ¡Ahí voy!

Pero se detuvo, fingiendo alguna aprensión:

– ¡Ah!, diablos, ¿sin red? me romperé el cuello.

– No tengo red – dijo ella.

– Esto la puede suplir.

Con una mano vigorosa tomó la cama por el respaldo y la situó bajo la cuerda, se subió reuniéndose con la bonita americana; y ambos permanecieron de pie sobre el «hilo», en frac negro y vestido de seda con dobladillos de color rosa.

– ¡Oh! eso está muy bien – dijo ella intensificando su acento;– ¡tienen mucha razón los que dicen que los franceses son unos gentleman muy valientes!

¡Pero no es muy fácil mantenerse en pie sobre la cuerda cuando no se tiene costumbre! Él se inclinó hacia la izquierda demasiado, – ¡torpe, oh, muy torpe! – perdió el equilibrio arrastrando en su caída a la bonita funambulista, y cayeron sin hacerse ningún daño en la red. El Sr. de Puyroche, más tarde, contaría que él no lamentaba en absoluto – a pesar de lo que habría tenido de ridículo bailar en un baile de caridad o de empresa – haber pedido un vals a esa bonita extranjera, demasiado escotada, sin mangas, vestida con colores extravagantes y con muchas cintas al vuelo.

### EL RONDEL BAJO LAS ACACIAS

Coelia habló. Todos los pájaros callaron. Ella hablaba:

–Os ruego, querido amante, que me reciteis unos versos; pues el gorjeo de estas currucas me importuna.

Ahora bien, Coelia, estaba acostada en una hamaca bajo las acacias, lentamente mecida, de donde colgaba fuera de la chinela caída, su pie desnudo; y, como yo veía en el bostezo de la blusa, inflarse la adolescencia de un doble pecado de nieve donde hubiese caído el rosa un poco oblongo de dos fresas, improvisé este rondel:

*Senos flexibles y ligeros,  
Senos de la hermosa sin rival,  
He besado en vuestro canal  
El olvido del duelo y los peligros.*

*Como la flor del azahar,  
Vos sois la nieve estival,  
Senos flexibles sin par,  
¡Senos de la bella sin rival!*

*Pero las mieles y dulces manjares  
Que en vuestra doble punta ovalada  
Mi boca prueba extasiada  
Son falsos azucareros,  
¡Senos flexibles y ligeros!*

Coelia objetó, girándose a medias en su bata, de donde emanaron esos perfumes que envían las tibias rosas de julio:

– ¡Habría mucho que decir contra ese rondel! En primer lugar, es execrable.

– ¡Lo confieso!– exclamé yo.

–Además, ¿qué locura os ha hecho proclamar que hay alguna mentira en los dulzores que yo consiento, para vos solo, no mostrándome cicatera? Vos no ignorais, señor, que soy la franqueza personificada, y que nunca he tenido para con vos ninguna hipocresía.

–¡Ah! sin embargo, sí, querida alma, me habéis mentido! – le dije yo.

–¿Mentido?

–Sí, una vez.

–¿Cuándo? – preguntó ella.

–Fue la otra noche... ¿No lo recordáis?...

–¡En absoluto, os lo aseguro!

Me había acercado a ella, me había arrodillado, le hablaba con el aliento más que con la voz, en los pequeños rizos que ella tenía cerca de la oreja...

–Fue la otra noche, continué,– cuando, lleno de cólera a causa de un beso que vos habías esperado más sutil, ¡me jurasteis cruelmente que no me amabais!

## **BORRACHERA**

Coelia y yo llegamos a la orilla de un verde río, de donde subían frescotres, y completamente salpicado de sauces que se inclinaban desde el borde. A nuestro alrededor teníamos la soledad soleada del mediodía en el campo.

–¡Oh! ¡que dulce sería nadar en esta agua diáfana y sin embargo misteriosa! – dijo Coelia.

Ella ya había colgado en un árbol su chal de paja donde florecen unas peonías; comenzaba a desabrocharse la parte superior de su blusa. Pues tiene la costumbre de no dejar nunca ningún intervalo entre la expresión y la ejecución de su deseo.

Yo exclamé acosado por los celos:

–No, no os bañaréis a pleno día tan cerca de un camino donde pueden pasar personas; e incluso aunque no pase nadie, ¿acaso pensáis que yo os permitiría revelar al día que brilla, al viento que pasa, los adorables tesoros donde solo yo tengo el derecho de adorar la realización de mis pensamientos?

Pero Coelia se alzó de hombros, – unos hombros pálidos, ya al desnudo, – y continuó desvistiendo, sin decir ni una palabra; proque ella sabe bien que el silencio es suficiente para responder a todas las objeciones; y hace mucho tiempo que me he resignado a ser de su misma opinión, en cualquier ocasión.

Así pues, a orillas del fresco río salpicado de sauces, ella estuvo desnuda; ante mis ojos extasiados, yo tenía – todas las batistas caídas en un niveo amontonamiento, bajo sus pies blancos que las pisoteaban,– el milagro de su esbeltez desnuda, fina como un abedul, y tan femenina en su alargamiento. Levantaba sus brazos hacia el agua en un bostezo de deseo.–sus brazos bajo los cuales se enredaba en cortos rizos un nido de suaves fragancias. Luego, deslizándose sobre el terciopelo de la hierba, se insinuó en la envolvente caricia del agua; y el río, sobre el que ella nadaba, discurría. ¡Ah! ese cuerpo en la transparencia de la onda, esa blancura apenas rosada en la húmeda fluidez de la ola, ¡si alguien hubiese aparecido! ¡si alguien la hubiese visto! me invadió la rabia, rabia que crecía con los encantos vistos. Finalmente salió del agua, semejante a una estatua de ninfa adolescente, a una estatua sobre la que ha llovido, y, cuando la hube secado con hierbas y hojas, con flores también, ella se vistió muy aprisa. Regresamos al camino; ella tenía, apoyándose en mi brazo un poco cansada, ese aire delicado y apacible, un poco orgulloso, que sabe darse en el Bosque o en su coche con un cojín bajo los pies y

un cojín bajo los hombros. Pero yo, yo estaba mucho menos tranquilo; caminaba con dificultad, titubeando.

–¿Que os ocurre? – me preguntó – Se diría que estáis borracho. ¿Borracho? ¿Por qué? En el albergue donde almorzamos apenas habéis bebido dos vasitos de vino suave; y recuerdo que, en nuestras locuras nocturnas, sois capaz de vaciar sin alteraros, tres o cuatro botellas del borgoña más peleón.

–No estoy borracho!– dije.

–¡Claro que sí! – dijo ella.– Apenas podéis manteneros derecho; yo tengo precisamente todo el aspecto, en este gran camino, de una persona que daría el brazo a un borracho.

Es cierto que mi marcha era muy inestable; hubiese sido absurdo negar la embriaguez que ella me reprochaba; de modo que me vi obligado a confesar.

–Si, estoy achispado, – le dije.

–¡Eh! ¿por qué?

Yo todavía dudada aún, por fin dije:

–¡Porque antes, mientras abrochabais vuestra blusa, he bebido en el hueco de mi mano un poco del agua donde os habíais bañado!

### LA BUENA ESPOSA

Una vez, estando a sus rodillas, me dijo:

– Muy a mi pesar os amo.

– ¡Magnífico!–exclamé yo.

Y ya, colmado de orgullo por el triunfo, me disponía para las supremas audacias, – el lugar, el saloncito, la postura, el arrodillamiento, en definitiva ofreciendo facilidades, – cuando la muy cruel abrochó su blusa como durante un asedio se aprovecha la hora en la que el enemigo reúne sus fuerzas, para volver a defender una fortaleza apenas desmantelada; y me dijo cruzando enérgicamente las piernas:

– ¡No! ¡no esperéis nada! A pesar de la ternura que mi débil corazón siente hacia vos; a pesar del muy probable placer que debería al roce, al principio ligero, de vuestro moreno y abundante bigote con el insensible bozo rubio,– tan sensible sin embargo– que adorna la parte superior de mi labio, ¡no obtendréis de mí ningún favor realmente decisivo!...

– ¡Oh!– exclamé.

– A menos... –continuó ella.

– ¿A menos qué? ¡Hablad!

Ella dudaba, pero acabó, estrechando cada vez más las piernas bajo la tela extendida donde se apreciaba la gruesa línea de la cadera, donde se precisaba la forma nítida de la rodilla:

– A menos que me digáis francamente, con toda sinceridad, ¡qué pensáis de mi marido!

Habría podido hacerle observar que había algo de insólito, incluso de fuera de lugar, en evocar en semejante momento la idea del insoportable imbécil con el que ella había consentido compartir alegrías y desgracias. Pero el estado, realmente lastimero, en el que me había sumido el medio éxito de las primeras temeridades, no me permitía esa lucidez de inteligencia que se regocija en las escaramuzas de la discusión; y gemí desesperadamente:

– ¡Voy a deciros lo que pienso de vuestro marido!

– ¡Bien, escucho!

Iba a dar mi opinión sobre ese botarate, ¡se lo iba a decir! Que era viejo, calvo, feo, bruto, igual a todo lo que es detestable y burlesco, ¡eso iba a proclamar!

Pero hay instantes, – demasiado raros, – en los que uno se las tiene que ingeniar.

¡Fue uno de ellos!

–Señora –exclamé– vuestro marido es uno de los hombres más encantadores que sea posible imaginar.

–¡Muy bien! ¡muy bien!–dijo con entusiasmo.

–¡Los que creen que tiene sesenta años se equivocan!

–¡Sí, sí, se equivocan!

–¡Incluso tiene cabello!

–¡Desde luego, muy poco, pero lo tiene!

–Por otra parte, pese a no ser tan joven como Hylas, la delicadeza y armonía de sus rasgos son una llamada de atención para todas las mujeres con buen gusto.

–¡Sí, sí, desde luego!

–Además, sus talentos son completamente extraordinarios. ¡Si fuese diputado, sería elocuente! ¡Si fuese ingeniero, sería sabio! ¡si fuese poeta, sería sublime!

–Añadid que cometo un gran error al no adorarlo con una incomparable pasión, que él es completamente superior a los jóvenes que me turban con sus homenajes, ¡superior a todos! ¡incluso a vos!

–¡Incluso a mí! – dije.

Ella me saltó al cuello, luego cayó muy rápido completamente entregada, – tan mal abrochaban los corchetes,– sobre el diván donde el estricto cruce de las piernas, en el azar de la caída, habría sido completamente imposible de mantener; y dijo:

– ¡Ah! ¡qué bien me sienta hablaros de esto! Pues nunca habría podido tener un amor sin remordimientos por un hombre que no hubiese tenido por mi marido tanto respeto y estima como yo misma tengo, y al fin y al cabo...

Yo le besaba los labios.

–... Y al fin y al cabo, ¡nosotros se lo debemos! – dijo ella para finalizar.

### LA DICHA IMPOSIBLE

Cuando usted duerme – le dije – ¡que bonita debe estar! Es algo delicioso mirar sus ojos abiertos donde el sol ilumina unas estrellas, y su boca intensa como una rosa que eclosiona, y nada iguala sin duda el encanto de verla ir y venir por el salón, tanto con los lentos remilgos de una leona que merodea, tanto con los saltitos de pajarillo asustado que va a levantar vuelo. ¡Pero qué dulce debe ser también verla dormida en la pereza de sus cabellos dispersos, inmóvil y completamente blanca con los ojos cerrados!

–Es cierto – respondió ella – que durmiendo no debo ser una fealdad en reposo; estoy inclinada a creer que sería placentero ver temblar sobre mi mejilla la sombra de las pestañas sobre mis párpados cerrados.

–¡Bien! – continué yo – concédame la dicha, querida alma, de admirarla adormecida. Fíjese, la hora es propicia, usted está dulcemente cansada y el sol invernal, en la habitación donde crepitan los leños en el fuego, tiene calores de estío; acuéstese sobre este diván, profundo y mullido que tanto nos gusta; déjese deslizar en la tibia languidez de los sueños y duerma, con el batín entreabierto, mientras yo la observo.

Ella prorrumpió en carcajadas.

– ¡Tonto! – dijo.

– ¡Cómo! ¿Se niega?

–Lo que usted desea es algo imposible.

–¿Imposible?

–Absolutamente. Nunca, nunca me verá dormida.

–¿Por qué?

–¡Eh! porque...

Ella lo atrajo hacia sí, le habló muy bajo, en el cuello, todavía con alguna risilla en sus labios.

–¡Eh! porque – dijo Coelia – allí, sobre el diván, en el calor tierno del saloncito soleado, yo aún no estaría completamente dormida, lánguida y cerrando los párpados, con el batín entreabierto, cuando usted ya me habría despertado!



### LA ROSA Y LA APARICIÓN

Mientras su madre, sentada al piano en el salón contiguo, ejecutaba una sonata de Beethoven, la señorita Berthille dejó sobre el sillón su bebé japonés, – pues a los dieciséis años, todavía jugaba con muñecas, – y me dijo:

–¡Ah! señor, pienso que no me atreveré nunca a contaros esa historia. Es espantosa a más no poder; y no es conveniente del todo, puesto que se trata de una historia de amor que no debería haber acontecido a una señorita como yo.

–Amiguita – respondí yo – estoy seguro que os equivocáis alarmándoos. Nada ha podido ocurrir que no fuese puro y simple como vos misma, y un mal pensamiento en vos sería tan extraordinario como una mancha de tinta sobre una flor de lis. Contadme, contadme sin temor. ¡Exageráis las cosas! Las sensibles, comparadas con vos, no son más que unas descaradas; si se hiciese de todas vuestras aventuras una colección de versos o de relatos, sería el mejor libro, encuadernado de satén blanco y plateado en los cantos, que se pudiese ofrecer a los pequeños ángeles que se portaron bien, los días en los que se distribuyesen los premios en el paraíso.

–¡Me temo que vos no vayáis a tener de mí una opinión demasiado buena! – dijo ella.– En fin, esta es la historia tal y como aconteció. ¡Oh! es tan horrible que jamás tuve el valor de contarla en confesión.

Mientras la señorita Berthille hablaba así, el sol entró por las ventanas, iluminándola toda, jugando con sus cabellos alrededor de su frente de nieve fina; tenía el aspecto de una rosa blanca que, siendo una santa, tuviese una aureola dorada.

\*\*\*

Comenzó:

–Hay que decir, señor, que en el convento pasan cosas que son absolutamente censurables. Vos tal vez creéis que las internas ocupan todo su tiempo en leer libros serios, estudiando sus lecciones, garabateando sus deberes con deditos manchados de tinta como la flor de lis de la que hablabais. ¡Ah! ¡es un gran error, os lo aseguro! Las muy bribonas tienen otras inquietudes; no os podríais hacer una idea de las cosas que se dicen en voz baja, dos a dos bajo los castaños del gran patio. Hay quiénes hablan de hombres que han visto en las pasadas vacaciones, ¡que eran guapos y que tenían bigote! Otras no temen confesar que han pensado más de una vez en el día de su boda. ¿No es abominable? Y sobre muchos de estos asuntos son muy sabias. Fijaos, me acuerdo de

una frase que os va a hacer estremecer. Una vez que yo había encontrado en una mata de seringas un nido de currucas grises, todavía sin plumón, muy pequeñas, muy piadoras, pregunté a mi amiga Emmeline como habían nacido esos pajarillos, y ella me respondió: «El padre y la madre han gorjeado juntos sobre la misma rama florida!»

–¡Oh!, –exclamé yo con espanto.

–¡Ya sabía que os estremeceríais!

–Pero vos, al menos, amiguita, evitaríais tener esos extraños pensamientos; y seríais la admiración de las buenas hermanas por vuestra reserva y celo estudioso.

–Sí – dijo la señorita Berthille, – creo haber sido digna de elogio bastante tiempo, – ¡hasta el día en el que ocurrió la aventura cuyo relato me exigís! Cierta día, después de la merienda, me paseaba sola por el jardín a lo largo del muro por donde trepan los rosales. No pensaba en nada malo, ¡oh!, os ruego que lo creáis, cuando de repente oí la más deliciosa música que sea posible imaginar procedente del camino.

–¡Cómo! ¿os daban una serenata?

–No he dicho que esa música fuese de un mandolín o una guitarra. No, lo que cantaba, o más bien lo que hablaba, pero con una melodía de canto, era una voz de una ternura infinita, y reconocí enseguida, de lo dulce que era, que no se trataba de una voz de mujer ni de anciana.

–¡Ay!

–Ese hombre joven, invisible, al otro lado del muro, decía: «Oh, mi bien amada, vos sois todo lo que me es más querido en este mundo; ¡A dónde vos no acudís no hay flores, ni prados verdes, ni pájaros ni claridad! ¿No tendréis piedad algún día del gran amor que yo os profeso? Por desgracia solo de vos depende mi dicha o mi desesperación, ¡y no dejaré de morir si no me dais la pequeña rosa que tenéis en vuestra blusa!»

–Ese enamorado, sin duda, hablaba a su novia en el camino.

La Señorita Berthille mi miró con una gran cólera.

–¡Qué idea la vuestra!– exclamó – ¿De qué novia me habláis? Era a mí, a mí sola a quién hablaba.

–¡Cómo! ¿sin haberos visto nunca?

–¡No es indispensable haber visto a una joven para prendarse de ella más allá de toda expresión! Además, es posible que me hubiese visto subido en algún árbol, mientras yo jugaba sobre el césped con mis compañeras.

–En efecto, no había pensado en eso.

–Y la prueba de que él se dirigía a mí, es que me pedía una rosa: ¡yo tenía una precisamente en mi blusa!

–Eso es completamente decisivo. No hay nada que objetar a esa prueba. Os pido perdón por haber supuesto un solo instante que el joven podía tener una amiga en el camino. Y sin duda – yo preveo la culpa de la que os arrepentís aún, – vuestro corazón se conmovió con esos tiernos ruego hasta el punto de que vos arrojasteis por encima del muro...

–¿La flor que él deseaba? No, señor, yo conozco demasiado bien mis deberes para abandonarme a tal debilidad. Aunque él estuviese decidido a morir (¡lo había dicho!) en caso de que yo rechazase el objeto de sus deseos, huí de allí, temblorosa, confusa, no queriendo escuchar más.

–¿Esa es toda vuestra aventura? ¡Ah! todo me lleva a creer que os será perdonada.

–Por desgracia no he acabado, y vos no podríais creer hasta que extrema culpabilidad me he dejado llevar a continuación.

Como ella decía esas palabras, el sol se desvaneció, dejando la habitación gris: los cabellos de la señorita Berthille ya no eran tan rubios; y vi, no sin inquietud, apagarse el ligero nimbo de oro.

\*\*\*

Ella continuó:

–Pasados algunos días, se produjo en el convento tal confusión que las novicias corrían por los senderos y por los pasillos, asustadas, levantando los brazos al cielo, ¡las internas no se hablaban ya entre ellas en voz baja bajo los castaños del patio! En el refectorio ya no se comía y en el dormitorio ya no se dormía. Lo que ocurría era tan extraordinario, tan espantoso, que una vieja monja que desde hacía diez años –¡todo el mundo lo sabía!– no había pronunciado palabra, exclamó: «¡Dios nos proteja!»

–¡Eh! ¿qué ocurrió?

–¡Un fantasma se aparecía todas las noches mostrándose en el claustro! Las celdas, las salas, los pasillos estaban frecuentados por un aparecido vestido con un sudario blanco, dos brasas en lugar de ojos, y que al pasar hacía chirriar unas cadenas. Deciros hasta que punto se tenía miedo es algo que me sería imposible. Teníamos una maestra de dibujo, inglesa, que tenía unos bonitos cabellos rubios; ¡una mañana estaban completamente blancos! Emmeline argumentaba que la inglesa había olvidado teñirse; pero la opinión general fue que se había encontrado con el espectro, y que, de terror, ¡su cabellera había encanecido! Finalmente todo el mundo vivía en una ansiedad de la que ninguna palabra podría dar una idea; y la mismísima Superiora, a quién se había informado del suceso, se mostró muy atormentada.

–Sin duda – dije yo – alguna interna bromista había imaginado, para asustar a sus compañeras, pasearse por la noche en el convento vestida con una sábana, con dos velas bajo un gran velo.

Por segunda vez, la señorita Berthille me consideró con un aire de irritación.

–Hay que reconocer, señor, – dijo ella – que tenéis las ideas más extravagantes. ¿Una interna? ¿una sábana? ¿un gran velo? ¿unas velas? ¿Pero vos no recordáis lo que me había sucedido? ¿No recordáis ya que el joven del otro lado del muro había dicho que moriría si yo no le daba la rosa de mi blusa? ¿Es que vos no moriríais por el amor de una flor si os lo hubiesen prometido?

–¡Por supuesto!– exclamé yo con un tono de solemne juramento.

–Pues bien, lo que vos habríais hecho, ¡él lo había hecho! ¡había muerto de pena! y ahora era su alma en pena la que regresaba al claustro.

–Vos tenéis razón. Es evidente que era su alma en pena. Yo también, en su lugar, habría vuelto.

–La prenda de amor que en vida había solicitado, aún la reclamaba tras su muerte; y estuve convencida de que él no tendría reposo hasta que su deseo no fuese satisfecho.

–¿Habíais conservado la rosa?

–Sí, entre dos páginas de un misal. Decidí dársela. Una noche, después de que las lámparas se apagasen (esa noche, precisamente la superiora había declarado que todas las internas serían castigadas si el fantasma no dejaba de hacerse ver, pues tenía equivocadamente la misma sospecha que vos), una noche, yo dejaba caer la rosa sobre las losas del pasillo, y al día siguiente ya no estaba allí, – ¡y nunca más el fantasma volvió a aparecer en el claustro! ¡Oh! yo me acuso. ¡Oh! mi culpa fue muy grande. Ceder al ruego de un joven, incluso difunto, es algo de lo que no podría arrepentirme lo suficiente. Pero pienso que me será tenida en cuenta mi buena intención, y, ¡al fin y al

cabo no podía dejar sufrir eternamente a aquél que había muerto por mi y que pedía tan poca cosa!»

\*\*\*

Después de eso, la señorita Berthille, con un gran suspiro, retornó a su bebé japonés. No traté de atormentar sus ilusiones, de hacerle observar que tal vez hubiese una o dos situaciones inverosímiles en su amable relato. Siempre es agradable para una mujer, incluso para una joven señorita que todavía juega con muñecas, que alguien haya expirado de amor por ella, y, difunto, no haya dejado de amarla. Y además, ¿quién sabe si ella no tenía razón, y si yo no estaba equivocado? ¡Tal vez el joven que hablaba al otro lado del muro esté dormido en el cementerio con una rosa marchita en sus labios muertos!

### **BUENOS EJEMPLOS**

Ese día yo tenía dieciséis años y me paseaba por los caminos con el dios Amor.

Nos encontramos con un pobre diablo parecido a un vagabundo o a un facineroso, despeinado, hirsuto, horrible, de esas personas a los que los policías tratan rudamente y expulsan con cajas destempladas. Me acerqué al miserable. Me pareció que en sus ojos oscuros todavía le quedaba un recuerdo de una dicha. Le pregunté que había hecho para merecer estar en tal lamentable estado.

–He amado – me dijo.

Un poco más lejos, sobre el mismo camino, fuimos al encuentro de un mendigo lisiado. Una muleta bajo cada axila, arrastrándose penosamente en sórdidos harapos; no tenía cabellos, no tenía dientes y sus ojos estaban muertos, aunque tal vez no fuese tan viejo como un centenario. Me aproximé al mendigo. Me pareció que sobre sus pálidos labios quedaba aún un resto de sonrisa. Le pregunté lo que había hecho para haber alcanzado ese grado de ruina y abyección.

–He amado –me dijo.

Al girar en un sendero vimos a un hombre con una cuerda al cuello que estaba colgado de unas ramas. Estaba espantoso en la bella mañana, tenía el rostro violáceo, la lengua colgando le salía de la boca, y, aunque todavía no estaba completamente muerto, era más horroroso que un cadáver. Me aproximé al ahorcado. Me pareció que en su frente todavía había como un destello triunfal. Le pregunté que aventura le había incitado a desear y a buscar la muerte.

–He amado. – me dijo.

Entonces el joven dios con el que me paseaba por los caminos se volvió hacia mí y me interrogó de este modo:

–Tú, que tiene dieciséis años, tú que entrarás mañana en la misteriosa vida ¿que harás en la vida, muchacho?

–Amaré –le dije.

### LA BELLA DURMIENTE EN LA CAMA

Hacia el final de la cena, Lili Luce, tumbada en el sillón, muy escotada y serena, – como una persona segura de su pecho,– entretenía la punta de su lengua rosada en la espuma de una copa de champán; y nada era más bonito que ver ese colear en ese burbujeo. ¡No solamente era bonito! Era enternecedor sin duda, pues al verla ocupada en el cáliz con las burbujas de espuma, las mujeres, que estaban con nosotros: Lise de Belvelize, marquesa desposeída de su marquesado, Anatoline Meyer, Constance Chaput, bella y salvaje como los cisnes, esas ocas de nieve, y Malva, así llamada por una fácil antítesis, a causa de sus ojos negros, – tenían en los párpados lágrimas de amistosa aprobación, y, se hubiese dicho que también de reconocimiento.

Pero de repente, Lili Luce dejó la copa sobre la mesa con un gesto de cólera: uno de los invitados, no sé quien, había hablado de Zo, de la adorable Zo, en términos casi irreverentes:

–¡Todo! –exclamó Lili Luce – ¡permíto todo! ¿Quién de vosotros se atrevería a decir que yo le haya prohibido jamás algo? Pero no permitiré que se falte al respeto a Zo; pues ella me ha hecho el más significativo de los favores, un favor tan importante, que una alma bien nacida le estaría eternamente agradecida; ¡e incluso vosotros, si, todos vosotros, sois increíblemente ingratos hacia aquella a la que debéis las sonrisas después de medianoche y los demás paraísos nocturnos que yo no os niego!

Quedamos sorprendidos, le preguntamos y ella continuó con una lentitud casi solemne:

–¡Escuchad! Hace un año, yo era exquisitamente bonita; tenía, como hoy un destello de nácar entre la rosa de mi boca y la languideciente perversidad que distingue de todos los ojos mis ojos tan cruelmente verdes; yo tenía y no ocultaba los radiantes senos que han igualado mi gloria a la de Frinea de Atenas, y a la de la señorita Léa-Léo, modelo en los Batignolles; pero a pesar de esos dones naturales, de los que me sentía orgullosa, era indigna de merecer la estima de las personas cuya opinión, en materia de amor, tiene un valor realmente serio. ¿Por qué? ¡Porque dormía en la cama! Sí, era joven, bella, blanca como las flores de lis, y dorada como el sol donde conviene, ¡pero dormía en la cama! Apenas las últimas batistas caídas ante el legítimos entusiasmo de aquél que me acompañaba, me deslizaba bajo las sábanas y un sueño irresistible me cerraba los párpados envolviéndome completamente de una inmovilidad rígida, opresora y anestesiante. Y aunque el mismo dios Eros, guerrero tumultuoso que derriba las más

inquebrantables fortalezas y que finalmente reemplaza a las antiguas catapultas por inventos más modernos, hubiese disparado un cañón en mi alcoba, yo no lo habría oído ni me hubiese sobresaltado, no. – ¡al igual que una blanca rosa helada a la que el furioso viento no podría hacer temblar ni un solo pétalo!

A esta confesión, todos aquellos y aquellas que cenaban se echaron hacia atrás llenas de espanto, luego se acercaron llenas de piedad.

Lili Luce continuó:

–¡En vano trataba de vencer esa detestable fatalidad! En vano estaba convencida, como todo el mundo, que una enamorada digna de ese nombre no puede dormirse en su palco de los Bouffes, en su coche en el Bosque, sobre su reclinatorio en la iglesia, pero que, nunca, bajo ningún concepto, en ningún caso, debe – sino dos horas después del alba, – ¡dormirse en su cama! En vano hubiese querido ser misericordiosa a los tiernos ruegos de aquellos que de decían de rodillas: «¡Oh! ¡esta noche permaneced despierta! » Todos mis esfuerzos y todas mis súplicas quedaban sin efecto. Que el invencible hábito de dormirme me quedaba de los tiempos en los que, cigarrera en Nancy, regresaba fatigada por las noches a mi choza, es posible, no lo sé, ¡que importa! Lo cierto es que el sueño se apodera de mí victoriosamente desde que me acuesto. Y no tengo necesidad de decirlos la desconsideración de la que era objeto a causa de eso. ¡No contaban para nada el nácar de mi sonrisa entre mis labios de rosa, ni mis ojos perversos, ni mis radiantes senos! Dormía en la cama, ¡dormía en la cama! ¡El sueño era el celoso y inexorable tesorero de mis inútiles encantos! Estaba destinada a una vida sin gloria.

Lili Luce se levantó.

–¡Pero conocí a Zo! – dijo con entusiasmo. Le revelé la deplorable incapacidad que anulaba las gracias más preciosas y las más buenas intenciones con las que fui dotada; incluso no vacilé en confesarle que las tentativas, para hacerse abrir mis párpados, de las personas más metódicas o las más desenfrenadas, no había hecho más que fallar. Ella sonrió, con un alzamiento de hombros, como compadeciéndose de esas personas; y, tras haberse asegurado, sin ninguna resistencia por mi parte, – ¡pues en la esperanza de la curación, yo estaba decidida a todo! – que mi ahorro de misteriosos atractivos valía en efecto ser disputado a la avaricia del sueño... ¿Pero para que añadir una sola palabra? Zo es la más incomparable de las amigas, y el recuerdo de sus favores me sume en excesos de devotare gratitud.

La bonita conferenciante se tranquilizó, volvió a tomar la copa donde espumeaba todavía el champán.

–¡No! ¡no! ¡no te callarás ahora! – dijo Malva.

–¡Tenemos que saber – dijo Anatoline Meyer, – mediante que raro y útil servicio Zo merece los elogios con los que tú proteges su nombre!

Lili Luce, tumbada en el sillón, entretenía la punta de su lengua rosada en el burbujeo de la copa.

–¡Os bastea saber – murmuró con sorna – que la Bella durmiente de la cama se despertó para siempre; en la alcoba jamás cierro los ojos, sino bajo labios que besan mis párpados; e incluso agotada de las más tiernas tareas, bastaría el nombre de Zo, proferido en un suspiro, o de su recuerdo, para ponerme alerta y más despierta que una pelea de jilgueros que se picotean en las frescas espinas bajo una clara mañana de abril.

### **LA FLECHA, EL ALA Y EL CORAZÓN**

Mi amiga ha hecho una apuesta y por desgracia la ha ganado.

Un arquero decía:

–De todas las rápidas flechas, la mía es la más veloz! En menos de un segundo va del arco al objetivo; no existe nada en el mundo que la pueda igualar en velocidad.

Mi amiga sonrió con desdén.

Una golondrina decía:

–De todas las ligeras alas, las mías son la más ligeras! En mucho menos de un segundo, van de un extremo al otro de la llanura; bajo el cielo no hay nada cuya celeridad sea comparable a la suya.

Mi amiga alzó los hombros burlándose.

–¡Cómo!– dijo el arquero, – ¿Acaso conocéis algo más rápido que mi flecha?

–¡Cómo! – dijo el pájaro, – ¿Acaso conocéis algo más ligero que mis alas?

–¡Sí!

–¡No!

–¡No!

Apostaron. Llegó el día fijado para la demostración.

Pero mucho antes de que la flecha hubiese alcanzado el objetivo, mucho antes de que las alas hubiesen rozado la hierba en el lejano extremo de la llanura, el corazón de mi amiga había huido de nuestra felicidad para dirigirse hacia otro amor de donde ya levantaba el vuelo.



## LA INTÉRPRETE DE SUEÑOS

¡Vos que sois la causa de tantos sueños, debéis saber explicarlos! – le dije.

–Es posible – dijo ella. – ¿Qué habéis soñado?, contadme.

– Al principio me pareció que en la cama donde me acababa de dormir caían a mi alrededor unos grandes copos, como una nieve más brillante que todas las nieves de la que estarían orgullosas las soledades invernales; pero esa nieve, lejos de estar fría, era dulcemente tibia como las rosas blancas de julio; y con el esplendor pálido de las rosas había en ella un delicioso perfume.

–¡Eh! He aquí un sueño que no es difícil de explicar – dijo ella; – presagia que yo me dignaré a acostarme alguna noche, blanca, tibia y exquisitamente olorosa, en una cama no lejos de vos.

Yo exclamé, cayendo de rodillas:

–¡Ah!, ¡querida alma!, ¿sería posible?...

–Claro, claro – dijo ella.– ¿Y ese fue todo el sueño?

–A continuación soñé que el sol entró en mi alcoba reemplazando la nieve por oro y llamas; y, de esa cálida claridad, sentía sobre mi frente, sobre mis labios, en torno a mi cuello y sobre mi palpitante pecho, una estremecedora caricia; y jamás, ni siquiera en las más calurosas tardes de verano, el auténtico sol hubiese tenido rayos más deslumbrantes.

–¡Eh! ¡qué transparentes son vuestros sueños! – dijo ella.– Eso quiere decir que yo consentiré alguna noche, sonriente a vuestro lado, en sacudir en el aire mi cabellera de oro brillante, y que con mis largos bucles que desafían los rayos, ¡rozaré vuestro pecho, vuestro cuello, vuestros labios y vuestra frente!

Yo murmuré, extasiado:

–¡Ah!, ¡querida alma!, ¿sería posible?...

–Claro, claro, – dijo ella. – Luego, después de ese sueño, ¿os habéis despertado?

–Por desgracia, no. No dejé de dormir, y me pareció que me hallaba en una soledad completamente melancólica donde nada brillaba, ni nieve ni sol; un viento negro lleno de dolorosos lamentos y vuelos de pájaros siniestros atravesaban una noche que no esperaba la aurora; uno de los pájaros, muy feroz, se abatió sobre mí y se dedicó lentamente a devorarme el corazón y el hígado.

–¡Ah! de los tres sueños, – dijo ella – este es el más fácil de interpretar. Presagia que tras el ofrecimiento de mi nieve y mis cabellos deslumbrantes sobre vos, pronto os

encontraréis solo y miserable, sin esperanzas a partir de ese momento; y la añoranza de mi belleza y de mi ternura será como un eterno buitre devorador, cuando al no amaros ya, os haya abandonado para encantar, – nieve y sol, – a algún nuevo amante tan tiernamente querido.

Yo suspiré dolorosamente:

–¡Ah! ¡alma querida!, ¿sería posible?...

–Claro, claro, – dijo ella.

### SOR COLETTE

Colette fue introducida en el locutorio del convento.

–¿Habéis solicitado hablar conmigo, hermana? – preguntó la superiora de las Clarisas, anciana mujer con aire taciturno.

Colette estaba perfumada de ylang-ylang, un vapor de incienso llegaba de la capilla vecina; ese olor de salón y de iglesia mezclados resultaba agradable.

Colette dijo:

–Madre, ¡soy una persona absolutamente digna de piedad! pues he cometido los peores crímenes de los que se pueda arrepentir un alma cristiana, y, hay pocos pecados de ternura a los que, en una deplorable debilidad, no me haya abandonado. Añadiré incluso que había adquirido, en compañía de mi amiga Lila, una fama cuyo recuerdo me obliga a todo el sonrojo del que soy capaz. En definitiva, sí, yo era una joven mujer prometida a los suplicios bien merecidos del eterno infierno. Pero merced al cielo, he sido tocada por la gracia. ¡He conocido lo inútil de las agradables locuras! ¡Ah!, madre, los hombres valen bien poco, y las mujeres no valen mucho más. Conozco la vanidad de los amores ardientes y las amistades sinceras. Los más dulces sueños apenas realizados se desvanecen; incluso el corazón no conserva más que ese poco de polvo fino que dejan en los dedos las mariposas al levantar el vuelo. ¡Nada de lo que se llama alegría puede tentarme a partir de ahora! Mi alma, llena de ilusiones muertas, es semejante a un jardín convertido en un cementerio de rosas. Sería en vano que se me condujese a fiestas donde hombres jóvenes solícitos y engreídos, alabasen el encanto con los que el diablo, en execrables diseños, me dotó; soy incapaz de las turbaciones y de las esperanzas de las que durante mucho tiempo estuve engañada. El único porvenir que me tienta es pasar mis días en la paz redentora del claustro y olvidar, en las prácticas de una regla severa, las frivolidades de antaño, ¡que ahora odio y desprecio! ¡Oh, madre, acogedme! no me privéis de los ayunos, las mortificaciones, la desnudez de las rodillas sobre las losas; ¡y que pueda, liberada al fin de los odiosos paraísos humanos, merecer el paraíso celestial!

Tras estas palabras, en la sinceridad de su desesperación (¡pues jamás Magdalena arrepentida fue tan sincera como ella!), Colette vertió abundantes lágrimas; su ceñida blusa que la hacía tan esbelta, la molestaba un poco para sollozar; pero no se quejaba de ese sufrimiento, por otra parte leve; incluso aprobaba la dureza de las ballenas que casi era como un adelanto del cilicio.

La Superiora, con compunción, respondió:

–Hermana, ¡es prudente desconfiar de las vocaciones imprevistas y demasiado repentinas! Las jóvenes, antes poco recomendables, que se arrojan con un impetuoso fervor en los brazos de la religión, están sometidas a recaídas muy comprometidas en otros brazos; Dudad de tomar por un celo realmente sagrado...

La reverenda Madre se interrumpió. Alguien acababa de entrar en el locutorio. Era un hombre joven, muy elegantemente vestido y con buen porte, con un fino bigote moreno; estaba autorizado a ir una vez a la semana para entrevistarse con su hermana, postulante en el convento de las Clarisas; saludó, ganó el fondo de la sala, se acercó a la celosía y se puso a hablar en voz baja con una pequeña novicia. Colette no lo vio al principio, ¡tanto su ferviente arrepentimiento la ocupaba por entero!

–¡Dudad de tomar por un celo verdaderamente sagrado – continuó la Superiora – los sentimientos poco duraderos de alguna desesperación mundana! Dios no acepta más que aquellas que se entregan a él plenamente, ¡sin ninguna esperanza de divorcio! ¿Acaso podéis saber si, acostumbrada a los vanos placeres terrenales, no encontraréis pronto desagradables los severos goces de la oración y la meditación? Podréis...

–¡Madre!–exclamó Colette, fanáticamente – me siento capaz de aceptar todo y de acatar todo por la salvación de mi alma, lamentablemente tan comprometida. Nada me echará atrás, nada me desagradará, ni los más terribles deberes, ni las más humildes tareas, y también estoy dispuesta a todas las torturas! ¡Quiero mortificar mi carne culpable! ¡Quiero someterme a la disciplina! ¡Quiero que clavos de hierros pinchen mi piel para castigarla por haber sido tan dulce y tan deliciosamente rosada! ¡y siento inquebrantable mi resolución de entregarme al esposo divino, solo a él!

En ese momento, el visitante, que había acabado de conversar con la postulante, salió de su rincón, saludó, atravesó la sala, empujó la puerta y desapareció. Era realmente un muchacho muy agradable, al que su bigotito le sentaba muy bien; a Colette siempre le habían chiflado esos bigotes.

La Superiora continuó con brillo en los ojos:

–Puesto que es así, hermana, puesto que os sentís fuerte, puesto que el cielo os ha elegido realmente, ¡venid, venid con nosotras! Sin duda no os admitiré hasta pasar las pruebas del noviciado. Pero haréis en nuestro monasterio un retiro de varios meses; y si, transcurrido un buen tiempo, persistís en vuestra hermosa vocación, entonces comenzaréis el dulce y rudo aprendizaje, seréis la novia del Señor esperando convertirlos en su esposa. ¡Oh, hermana! qué perfectas delicias os esperan en recompensa de vuestra renuncia al mundo! ¡Conoceréis el incomparable goce de las inmateriales bodas y las delicias del puro amor! y, entregada a la embriaguez celestial, ¡sentiréis compasión de las culpables y falsas alegrías de aquellas que se extasían en los pecados terrenales!

–Sí, sí... –dijo Colette.

Parecía un poco confusa, con aire de pensar; sí, ¿de pensar en qué?

–¿Y mi retiro deberá comenzar pronto? – preguntó.

–¡Hoy mismo! ¡Enseguida! Cuando se está decidida a entrar en el buen camino hay que comprometerse sin perder un minuto. ¡El tiempo es del Paraíso!

–¡Sin duda! ¡Sin duda! Pero, ¿esperar a mañana sería un gran retraso? Vamos, ya está decidido, yo regresaría...

–¡Mañana!

–O pasado mañana. O la semana próxima. En fin, dentro de algunos días.

Y después de una inclinación de cabeza donde oscilaron los rizos pelirrojos de su pequeña frente, la arrepentida se escapó del locutorio. ¿A dónde iba tan aprisa? Una vez cerrado el pesado batiente se encontró en la calle muy cerca de aquél joven, precisamente, que tenía tan fino bigote; él acababa de subir a un cupé detenido ante el

claustro y cuya portezuela todavía estaba abierta. Muy apuesto, ese desconocido, sí, en verdad, muy apuesto. ¡Pero muy impertinente! pues, tendiendo el brazo, no dudó en tomar a Colette por la mano e introducirla en el coche. ¡Ella quedó tan estupefacta ante tal audacia que no tuvo la presencia de espíritu para defenderse! y, cayendo sobre un cojín, seguramente estaría muerta de vergüenza si no hubiese comenzado a reír mientras el caballo partía al galope y el secuestrador bajaba las cortinillas de seda malva del cupé que se convirtió en un salón de cuatro ruedas.

### LA EXPLICACIÓN PLAUSIBLE

¡Entre todos los amantes, no hay demasiados en los que los celos sean tan perspicaces como los de Valentin!

La traidora más avezada no podría conseguir embaucarlo; y no era de los que se contentara, cuando concebía una sospecha, con las frívolas justificaciones con las que tantos imbéciles se conforman con una facilitada que realmente incita a la risa.

–¡Señora!– gritó.

–¿Que os ocurre? – dijo ella, bruscamente despertada en la habitación nocturna bajo las vagas cortinas blancas que atraviesan los fulgores de la lámpara.

–¡Señora! no penséis justificar con una mentira una aventura que es la más terrible del mundo. Antes, mientras dormíais en el oro oloroso de vuestros cabellos despeinados, yo me he incliné extasiado hacia vos...

–¡Eh! no habéis hecho mal.

–Me he inclinado cada vez más e iba a besar los rizos que tenéis cerca de la oreja...

–¡Qué difícil es dormir tranquila con un amante como vos!– dijo ella.

–Cuando vi...

–¿Qué?

–Que uno de vuestros hermosos mechones dorados, ¡éste! era sensiblemente más corto que sus vecinos.

–¡Ay!– pensó la joven.

–Y la desigualdad de las puntas indica que unos cabellos han sido cortados ahí recientemente. ¡Ah! ¡ah! soy un observador sutil a quién no escapa ningún detalle. ¡Alguien os ha tomado de los cabellos, señora! Todo prueba que tenéis algún amante...

Ella no le interrumpió, miraba el mechón pelirrojo, menos largo que los demás en efecto.

–Es cierto...–murmuró ella.

–¡Ah! ¡no os atreveis a negarlo!

–Confieso que todas las apariencias me acusan y trato de adivinar...

De repente, ella estalló en carcajadas.

–¡Ah! ¡ya sé! ¡ya sé! Sí, es eso. ¡Nada más claro, nada más sencillo!

–Vais a intentar engañarme con alguna hipócrita excusa.

–¡En absoluto! Vos tenéis el espíritu demasiado fino para que yo trate de decepcionaros; sería una pérdida de tiempo. Pero, en fin, la explicación del misterio que

os preocupa no es difícil, y me sorprende que, ingenioso como sois, no lo hayáis adivinado vos mismo de inmediato.

—¡Eh! bien, veamos, hablad, señora.

Ella estaba casi sentada, con las almohadas apiladas detrás de sus delicados hombros; y, fuera de la camisa de malines que se abría, dos redondeces blancas tenían el movimiento de un lento batir de alas.

—¿No erais vos, corazón mío, quién en uno de vuestros poemas, cantabais el amor de los ángeles por las muchachas de la tierra? Ese amor debe ser real, puesto que vos habéis hablado de él. ¡Yo creo lo que decís! Así pues, no podría negarlo, los serafines, los querubines, los arcángeles están prendados de las terrestres esposas y de las vírgenes de aquí abajo. Cuantas veces, por las noches sobre todos, en el lamento del viento, en la claridad de las estrellas o en el fulgor de las lámparas, ellos merodean, invisibles alrededor de sus adoradas. Pero, dado que son inmateriales, o casi, y porque están hechos de azul, de aurora y de nube, no pueden obtener las delicias definitivas que la pasión de los amantes humanos nos obliga con tanta frecuencia, pobres mujeres, a compartir. Ellos remontan su vuelo hacia el cielo con la amarga añoranza de los labios, de los brazos y de los adorables senos que no besarán. ¡Oh! ¡los pobres ángeles! qué cruel les parece el celibato, incluso entre los encantos de las músicas paradisíacas. ¡También todo me inclina a creer que han buscado un medio de mitigar su eterna melancolía! y, ese medio, lo han encontrado merodeando en torno a las camas que envidian y sustrayendo a las jóvenes mortales dormidas cintas, puntillas de encajes, flores y con más frecuencia, mechones de cabellos que cortan con tijeras de oro, y se llevan esos menudos trofeos consolándose de su gris felicidad respirando, a escondidas cuando el buen Dios no los ve, el perfume de un rizo moreno o rubio, una rosa, un encaje o una cinta rosa o azul

Más dulce que todos los perfumes de los que ella hablaba con su voz de tórtola arrulladora, una fragancia salía de su carne rolliza y rosada, que ascendía hacia Valentin; él se sentía deliciosamente enternecido; sus ojos, bajo los párpados un poco palpitantes, se turbaron.

—¿Así que vos suponéis?...—dijo él.

—Yo no supongo, yo afirmo, yo proclamo que un ángel muy temerario, prendado de mi persona —¿de que os puede extrañar eso?— me ha robado mientras yo soñaba en otra cosa — ¡en voz tal vez, señor! — el extremo de uno de los rayos de mi cabellera de sol. Y, en verdad, soy afortunada por haber advertido este hurto; pues a vos ya os quemaba la sangre. ¡Oh, no puedo entender como habéis tenido no sé que abominable imaginación — ¡un amante, yo! ¡Para ser un hombre inteligente, realmente me sorprendéis!— en lugar de pensar enseguida en la verdad que era tan simple, tan verosímil, tan natural!

El ya no la escuchaba, mirándola demasiado. Estremeciéndose en su nido de malines, las blancas redondeces (semejantes a dos palomas), elevaban un poco, como salidas debajo del ala, sus picos rosados.

—¡Dios mío!— dijo él — vuestra hipótesis me parece completamente aceptable; y no veo ningún inconveniente en admitirla, Pero podéis estar segura de que no me hace falta menos, para creer en vuestra inocencia, que una prueba tan evidente. No soy de esos que se dejan engañar por mediocres supercherías de la ordinaria astucia femenina.

—¡Oh! no,— dijo ella

—Mi perspicacia...

Él no acabó. Apasionadamente besaba los queridos senos rosas, los rollizos brazos, los hombros y todos los cabellos despeinados, — mucho más feliz que el ladrón celestial que no tenía más que un solo mechón, ¡pobre ángel!

## EL ESPEJO

Lo que suponía un tormento para Ronsard, príncipe de los poetas franceses, era la idea de que la posteridad dudase de que él hubiera sido querido por la rubia Casandra de ojos marrones. Humilde compositor de sonetos, me siento presa de un temor similar; ¿quién entonces entre nuestros descendientes se negará a admitir que yo obtuve el cariño de la marquesa Coelia, tan hermosa y semejante a una pálida princesa de algún reino nórdico, del modo que lo he descrito? Los jóvenes del futuro se burlarán y dirán: «Ese poeta realmente quiere engañarnos; ¿cómo vamos a creer que, mediocre de rostro si nos remitimos a los retratos que prologan sus poemas, y además perfectamente desprovisto de talento, merece la atención de una persona tan exquisita?» ¡Ah! ¡Cuánta razón tendrán hablando así! No, no merezco que me sonría la que es el deslumbrar de mis ojos y el encanto de mi corazón. Sin embargo es cierto, no lo dudéis, ella me ama. Pero por desgracia no tengo el derecho de enorgullecerme de ese amor que me extasía, pues tengo que confesar que es debido al más detestable de los engaños.

En la época en la que, vestido con una larga túnica negra adornada de abracadabras y con un sombrero cónico en el que brillaban estrellas de papel dorado, ejercía la profesión de adivino en la fiesta de Neuilly, (obtuve grandes sumas de dinero con ese oficio que bien colocadas me permitieron dedicarme más tarde a la poesía), cierto día recibí la visita de una joven que había tenido la curiosidad de interrogar a la suerte. Apenas entró en el carromato-barraca donde yo pronosticaba el futuro, no vacilé en pensar que todas las mujeres de la tierra habían desaparecido en ese instante legando a ésta sus más divinas gracias, sus más adorables encantos, de tal modo estaban reunidas en ellas las maravillas de la belleza femenina; y comprendí de inmediato que era la que adoraría por siempre. Pero lamentablemente no podía concebir la esperanza de hacerme amar por ella. Hubiese sido extravagante imaginar que me dirigiese tiernas miradas, – ella, tan patricia, y, desde la pluma del sombrero hasta la punta del botín, toda una princesa en mi cuchitril – para con un mago de feria; y para mayor desgracia, al tratar de dar verosimilitud a mi aspecto de brujo, me había afeado (¡inútil añadido!) ¡con una larga barba negra postiza con hieráticas trenzas y unas cejas falsas! Sin embargo la perfecta criatura, a la que un capricho había conducido sus pasos hacía mí, me preguntó con una risilla si yo poseía realmente – tal y como un payaso anunciaba a la entrada – un espejo donde cada mujer podía ver al que amaría algún día; y su sonrisa dejaba ver unos dientes que me volvían loco. Una idea culpable atravesó mi mente (¡nunca tuve el



valor de arrepentirme de ello!) «Sí, por supuesto que tengo ese espejo encantado y no tenéis más hacer la prueba.» Sin perder ni un solo instante me retiré detrás de las cortinas que velaban el fondo de mi carromato, y, con el cuerpo oculto tendí hacia la visitante, no el pequeño espejo que usaba de ordinario para ese tipo de experiencias, sino solamente su marco, dónde, exclamando con voz solemne dije: «He aquí al que amarás», atreviéndome a meter mi rostro, mi verdadero rostro, sin cejas falsas ni larga barba negra postiza en trenzas hieráticas. Ella no pudo retener un grito, asombrada sin duda de la cara inesperada, desconocida, que le ofrecía el Destino. Cuando retiré las cortinas (yo ya había adquirido de nuevo mi mágica apariencia), ella había huido, dejando un olor de gavanza empapada en un rocío de perfume de salón.

Pero algunos meses más tarde, cuando los beneficios de mi oficio de feriante me permitieron publicar sonetos y viajar por el mundo, la encontré habiéndola buscado. ¡Mi aparición pareció causarle una sorpresa infinita! Y, tan poco digno como fuese de ella, tuvo que amarme para obedecer al Destino.

## EL TALISMÁN

Dentro de unos días se celebraría una subasta.

En primer lugar debo decir que la ciudad donde la puja tendría lugar difería sensiblemente, – desde el punto de vista de las costumbres y ocupaciones ordinarias de sus habitantes, – de la mayoría de las ciudades donde viven nuestros contemporáneos y contemporáneas; pues allí no se preocupaban más que de una sola cosa: el amor.

Las preocupaciones por los negocios, la industria, la ambición de ser célebre o enriquecerse mediante el talento o el trabajo, en ningún caso turbaban los espíritus ni los corazones; el único deseo por el que se hubiese muerto era el de la embriaguez, ¡nunca abandonada y siempre renovada, de los besos!

Me preguntaréis con asombro: «¡Cómo! ¿ni una panadería?» No, lectoras curiosas, ni siquiera había panaderos; la miel de las colmenas con la pulpa de las frutas, es un alimento que nada tiene de despreciable; aquellos que no eran ricos hasta el punto de poseer un vergel donde abundaban las abejas, se conformaban, para recuperarse de las dulces fatigas, con el olor de los ramilletes blancos y perfumados de las violetas de los bosques. ¿Pero quién había construido las casas? allí no había casas; en realidad esa ciudad se parecía a un bosque semejante al de la Ardenas, con chozas naturales hechas de siringas y limoneros en flor; la plaza mayor donde se reunían para tomar el fresco por las tardes era un claro de verdor soleado de púrpura y oro por la melancólica pompa del sol poniente. ¡Habráis escuchado con placer los palabras que se decían en grupos en el crepúsculo del bosque! Todos reconocían que Fidelina se había quedado dormida bajo los abedules vecinos, – los abedules, ¡esas camisas plateadas que se sacuden! – en el mismo instante en el que pasaba aquél que la deseaba desde hacía cuatro horas al menos; se censuraba, con justos reproches, a las jóvenes señoritas, Agnès, Hipolytas, Silvaniras, acusándolas de haberse negado a rozar con la uña rosa de su dedo meñique unos labios tiernamente solícitos; y una vez, ese foro encantador, democrático patio de amor, exilió lleno de ira y con abucheos, – ¡pues la justicia, a menudo, debe tener esos transportes de cólera!– a una joven mujer casada recientemente, por no haber cumplido más que siete u ocho veces en una larga semana el deber sagrado del adulterio. Las personas que abogaban por ella porque tenía bajo el brazo e exquisita fragancia de flores marchitas, consejera de indulgencia, objetaron en vano que si no había cumplido suficientemente su deber, al menos tenía la excusa de no haber entregado a un solo amante, sino a siete u ocho, las delicias de las que se alegaba no haber mostrado con

demasiada diligencia. Todo eso no hizo más que exculparla! Que hubiese sido el motivo de la felicidad de un solo enamorado, ¡por supuesto! ¡faltaría más! Y se exilió a esa mujer justamente.

Tal era pues esta extraordinaria ciudad de hojas y flores, ¡de amor, de amor y de amor! Y ahora imaginad la emoción que se produjo en los corros de gente y en las conversaciones, cuando unos carteles anunciaron que un hada obligada a causa de una mudanza a vender su fondo de magias y de encantamientos, pondría a subasta, tal día y tal hora, un talismán cuyo feliz adquisidor – adquisidor, pues las mujeres no serían admitidas en la subasta – ¡no conocería nunca el hastío y la decepción del beso!

\*\*\*

¡Cómo! ¡amar por siempre! ¡sentirse a todo minuto capaz de amar y probar que se es capaz de despreciar las adormecedoras fatigas de los lechos conyugales! ser un hombre que siempre es hombre y alcanzar la divinidad por la ininterrupción de la virilidad, hasta la ser sin tregua violento, rudo, soberbio; atreverse a decir pensando en Hércules, que, no obstante con Ónfalo hizo bien las cosas: «¡Ese no era más que un semidiós!». En una palabra, ¡convertirse en una realización igual al eterno deseo de la mujer! eso es lo que se ofrecía, lo que ponía a subasta el hada obligada a vender sus fondos mágicos y hechizos a causa de una mudanza.

\*\*\*

Los jóvenes de ese país, – incluso los más especiales, incluso aquellos a los que ninguna tierna persona, por exigente que fuese, no tenía que quejarse al día siguiente – corrieron, llegado el día, hacia la sala donde se celebraría la subasta del más milagroso de los talismanes. Era un gentío hermoso de ver. Allí había, entre la multitud, unos adolescentes imberbes, – ¡Ah, lectoras, no los despreciéis! – y muchos otros núbiles, dignos de ser considerados puesto que una barba ya adornaba su cara viril; y parecían dispuestos a todos los combates, a todos los amores. Sin embargo, tan grande como fuese su valor personal, tantas veces demostrado y siempre victorioso – muy humilde, yo me mantenía apartado –se sentían devorados por el deseo de adquirir el talismán, el prodigioso talismán en el que residía la certeza de ver la sonrisa de la amiga agradecida veinte veces consecutivas; y, para intentar ganar la subasta, habían traído sus más ricos tesoros, no sumas en carteras o cofres llenos de pedrerías, no las más magníficas flores de la ciudad-bosque, en ramos perfumando el aire, sino, sobre hojas que se disponían a leer, unos sonetos, los mejores que habían podido componer; pues, dado que eran amantes, eran poetas; esperaban el comienzo de la subasta.

Ahora bien, el hada, muy parisina ella (ocurre lo mismo en el bosque de Brocéliande), estaba de pie, con traje de viaje, rayas negras y blancas según la moda, detrás de la mesa, manteniendo en su mano izquierda, cerrada, el talismán que ofrecía y que ocultaba a los codiciosos, levantando en su mano derecha el martillo del comisario de la puja, y decía, no sin énfasis: «¡Vamos! ¡vamos! ¡apresuraos los que queráis conocer la inextinguible renovación del deseo, los que queráis convertirlos en iguales de los más persistentes deseos de las mas insaciables enamoradas! ¡Recitad, recitad vuestros versos, y el más perfecto de los poetas obtendrá el más preciso de los talismanes!» Entonces, todos los que allí estaban recitaron sus sonetos, y el soneto que yo leí – saliendo de repente de la multitud– fue el más hermoso de todos, naturalmente, puesto que éste transcurría en el país que creó mi fantasía para la satisfacción de mis sueños y la apoteosis de mi orgullo.

\*\*\*

El hada me dijo:

–¿Eres tú el vencedor? Gracias al talismán que has conquistado y que voy a entregarte, no tienes que temer a ningún rival: tú eres el maravilloso amante al que dirán gracias todas las Mesalinas y todas las Agnés también, esas jóvenes muchachas peores que las emperatrices. Sí, porque tus versos, bien rimados, la cadencia en la sexta estrofa bien destacada, y muy opulentas rimas sonoras, me han parecido y son, en efecto, más perfectos que los versos de tus competidores, toma, lleva y guarda el don sublime que envidiaron los más frenéticos amantes. Vete, pasa, marcha, atrévete, tú eres a partir de ahora irresistible e incomparable: jamás verás sobre labios apenas bajados, destacarse esa pálida sonrisa: «¡Cómo! ¿no era más que eso?» ¡sino la gratitud de mil bocas desfallecidas que confirmarán la virilidad triunfante de tus infatigables caricias!

\*\*\*

Pero, ¿qué era ese talismán?

El hada, abriendo su mano izquierda, me mostró una cinta rosada, donde dos perlas destacaban en las esquinas de una hebilla.

–Te bastará tocar esa cinta, dijo ella, para recuperar el vigor, por muy cansado que estés, de Teseo que, en un solo día, violó a catorce amazonas.

–Señora hada –dije yo – exageráis.

Sin embargo, yo sonreía porque en el talismán había reconocido una de las ligas de Coelia; y, desde hacía tiempo, sin recitar ningún soneto, yo había merecido el otro.

## EL MILAGRO

Había en ese convento – Mazet de Lamporechio tal vez fue jardinero allí – una pequeña monja llamada sor Ninette, de un poco menos de dieciséis años, que era muy devota y también muy enamorada. ¿Devota a quién? a todos los santos, pero sobre todo a uno muy guapo, a un San Cirilo esculpido que lucía en la capilla; ¿enamorada de quién? no lo sabía, puesto que ningún hombre podía entrar en el claustro; pero ella estaba decidida a mostrarse tan cariñosa como fuese posible con el primer galán que escalase el muro – a condición, sin embargo, de que tuviese bigote, ya que le gustaban particularmente los bigotes; y, si él le propusiese llevársela, «bien, lléveme» le diría. ¡Pero cómo se hacía de rogar el cariñoso desconocido! De modo que una noche se escapó sin hacer ruido del dormitorio y bajó a la capilla sumida en la oscuridad y llena de un recuerdo de incienso, para quejarse a San Cirilo de la soledad en la que se la dejaba consumir. Aunque estuviese todo oscuro, no tardó – acostumbrada a los atrios de la pequeña iglesia – en encontrar el zócalo de la estatua; y, arrodillándose en las tinieblas, dijo: «Por el amor de Dios, ven en ayuda de una pobre muchacha que no podrá languidecer por más tiempo sin entregar pronto el último suspiro. ¡Oh, tú que te apiadas de las almas desconsoladas, ten presente que la mía es también digna de lástima a más no poder! ¡Que tu voluntad sea, oh, mi socorro, concederme un consuelo! Los milagros no te resultan difíciles; si tu quisiera, yo podría encontrar en mi pequeña cama a una persona que me quisiera y que tuviese buenas intenciones. Si es necesario me resignaría a no ser secuestrada, al menos la primera vez; pero que un querido compañero nocturno venga a divertir mi espera; y, sobre todo, que sea, si es posible, parecido a tí, ¡querida estatua aureolada de oro! Sí, que aquél que espero y pido se te parezca, y todos mis deseos se verán colmados.» No creáis que hablaba así para halagar al santo, para alentarle a que se produjese el prodigio que solicitaba. No, era sincera; ¡hubiese querido un amigo parecido a San Cirilo! y, después de una señal de la cruz – casi con la certeza de ser atendida– regresó a su pequeña cama del dormitorio. ¡Ah! ¡el malvado santo! Allí había una persona entre las sábanas, en efecto, pero era Lina, una novicia bonita y fresca como una flor recién cogida, que había venido, durante el sueño de las monjas, para charlar y reír con su amiga Ninette. ¡Eh! sí, muy bonita, y muy divertida, ¡la encantadora novicia! sabía muchos cuentos que contaba muy bien, también versos de amor que recitaba en voz baja; y para pasar el tiempo por la noche, cuando no se es capaz de dormir, tenía unas ocurrencias que eran completamente

divertidas. Pero no era un galán, y no se parecía del todo a san Cirilo. Sor Ninette, riendo, muy bajo, con la novicia, experimentaba mucha cólera contra el bienaventurado que la había escuchado de un modo tan incompleto. ¡Así era como recompensaba la devoción que siempre había tenido por él! Estaba muy enfadada, ¡iba a enterarse ese santo! Y, en efecto, al día siguiente, apenas hubo entrado en la capilla con todas las monjas para el oficio matinal, arrojó una furiosa mirada hacia san Cirilo aureolado de oro. ¡Pero apenas pudo reprimir un grito! Todo tenía explicación; ella no tenía motivos para quejarse; el milagro había tenido lugar tal como ella había solicitado; pues el día anterior se habían cambiado de lugar las estatuas de la capilla, y la imagen a la que ella había rogado en las tinieblas era la de santa Evelina, ¡bonita y fresca como una flor recién cogida!

## BALBINA Y SU CAMISA

### I

Balbina era hija de un zapatero que tenía su cabaña en un claro del bosque de Brocéliande. Tendrías que haber viajado durante mucho tiempo de país en país antes de encontrar una jovencita tan agradable a la vista como esa encantadora niña y salvaje como las ardillas de los bosques; aunque se vestía – a falta de un traje mejor – con un vestido de paño remendado por varios lugares, y aunque que su gorro fuese de tela amarillenta, y las mordeduras de los guijarros no menos que las picaduras de las zarzas hubiesen enrojecido sus frágiles pies descalzos, un hombre sensible no habría dejado de preferirla a las más soberbias princesas vestidas en telas de oro y coronadas de piedras preciosas, cuyas zapatillas bordadas con perlas se hundían en alfombras de marta cibelina o de zorro azul. Pero, bonita como era y aunque buena también, más buena que bonita, no era feliz. Su madrastra – pues el zapatero, viudo, se había vuelto a casar con una mujer malvada – la trataba muy mal; obligándola a las más penosas tareas, no permitiéndole ni un minuto de descanso, insultándola, golpeándola, y, por la noche, cuando Balbina medio muerta de fatiga se había dormido, la despertaba de repente para decirle que no se olvidase de ir al despuntar el día a recoger la hierba para la cabra. De modo que la pobre pequeña decidió dejar de padecer la crueldad de esa madrastra; y una noche, un poco antes del amanecer, cuando todo el mundo dormía aún en la cabaña, se escapó por la ventana – ya que la puerta estaba cerrada – como un pájaro que levanta el vuelo.

Caminó sin saber hacia donde iba a través de los brezales del bosque, Estaba contenta de no estar ya donde había sufrido tanto; pero al mismo tiempo sentía una inquietud en su corazón. ¿Qué haría? ¿Quién la acogería? ¡Hay tan pocas buenas personas en el mundo!

En la claridad del día naciente vio a una anciana que lavaba la ropa en un arroyo y que resoplaba y gemía con muchos lamentos; esa lavandera debía tener al menos cien años, y, a semejante edad, no mucha fuerza. Balbina, que como ya he dicho, era tan buena como bonita, se conmovió viendo a una mujer tan mayor presa de tanta pena.

–¡Eh! señora – dijo – yo lavaré esa ropa en vuestro lugar si queréis; luego, cuando esté aclarada la llevaré a mi espalda hasta vuestra casa.

Apenas pudo acabar estas palabras cuando la vieja ya no se parecía a una vieja. Era joven y victoriosa como una jornada de julio; y, al verla, suntuosa, en su vestido de terciopelo escarlata, habrías dicho que era una reina que se paseara por el bosque. De hecho era mejor que una reina puesto que era un hada.

–Balbina – dijo – se me había hablado muy bien de tu corazoncito; veo que no me engañaron. Quiero recompensar tu caridad por una vieja lavandera que lavaba su ropa en el arroyo. Toma esta camisa, pónstela, y, a partir de ahora no te la quites. Como ha sido tejida con esos hijos ligeros que planean en el aire tomados de una rueca celestial, jamás dejará de estar blanca, y tanto como la lleves tendrás por recompensa todas las riquezas, todas las glorias y todas las dichas de la tierra.

Dicho esto, el hada desapareció igual que una nube de oro desvaneciéndose en la luz. Sería difícil expresar el asombro y alegría de Balbina. ¡Estrechaba contra su corazón la camisa que le había dado el hada! Pero no la puso enseguida, porque era de día; y por nada del mundo, Balbina hubiese consentido en mostrar, desnudándose, por poco que fuese, su brazo o su hombro a los rayos que miran, al viento que merodea, a los curiosos pajarillos que con el pico o el ala apartan las hojas para ver.

## II

De un extremo al otro del mundo no había una joven tan rica, tan poderosa, la más envidiada de todas las mortales. Nada de lo que se pueda desear en la tierra faltaba a Balbina. Tenía más palacios y castillos de lo que pueden tener los más opulentos monarcas; vestida de satenes deslumbrantes como hogueras donde se fundirían rubíes y amatistas, se paseaba a través de las ciudades en carrozas de oro tiradas por ocho caballos blancos con arneses de diamantes y perlas. Pese a ser poco golosa – acostumbrada antaño a alimentarse de pan negro y avellanas – cien criados vestidos como chambelanes de emperador depositaban sobre su mesa las carnes más exquisitas y los frutos tan azucarados y perfumados que se les hubiese creído pulpa hecha de miel y rosas. Se dormía bajo cortinas de seda y encajes, en camas lentamente mecidas al son de instrumentos lejanos, invisibles, que ejecutaban la canción de su gloria y su dicha; y, por la mañana, cuando se despertaba nunca dejaba de tener, incluso los días de lluvia, sol en su habitación. Pero lo que sobre todo la hacía feliz es que ella hacía felices a los demás. Si sus riquezas hubieses podido agotarse, se habría arruinado dando limosnas. Daba, daba tanto – con palabras tan consoladoras – que casi ya no quedaban miserables en la tierra. ¡Incluso fue buena con aquellos que le habían hecho daño! De su madrastra que la había golpeado y de su padre el artesano que la había dejado maltratar, hizo grandes personajes a los que se cumplían todos sus deseos. De modo que, rodeada de admiración y bendiciones, vivía en una perpetua dicha. Y ocurrió algo que puso la guinda a esa extraordinaria felicidad. Un joven príncipe, hermoso como el mes de abril, llegó a la ciudad donde ella vivía. Apenas la vio, y apenas ella lo hubo mirado, ambos se amaron con tierna pasión; y comprendieron que nunca dejarían de amarse. Ante la imposibilidad eludiré contar la magnificencia de los festejos que se celebraron con motivo de sus bodas, y el fervor de los buenos votos que todo el mundo hacía por su felicidad. Pero sería todavía más difícil expresar el infinito éxtasis en el que se sintió desfallecer Balbina cuando el recién casado entró en la habitación nupcial, y, arrodillándose, cubrió de besos las queridas manos de la esposa que tenía aspecto, un poco sonrosado, de una flor de lis que fuese rosa.



## III

El patrón de los leñadores, que se emborrachaba todos los días, y que ese día estaba más ebrio aún que de costumbre, gritó con ruda voz: «Y bien, ¿quién es el imbécil o la tonta que ha atado esta gavilla? Apuesto que fue Balbina o su maldito marido.» Por desgracia la gavilla la habían atado juntos, y era cierto que no tenía buen aspecto, pues no eran demasiado hábiles. Se disculparon lo mejor que pudieron prometiendo aplicarse más la próxima vez. Pero el borracho no quiso atenerse a razones, y, con los demás leñadores que reían con malicia, golpearon con ramas a la pobre mujer y al pobre hombre.

¡Habían pasado muchos meses desde que Balbina había compartido todas las riquezas, todas las glorias y todas las dichas de la tierra! Ahora era más desgraciada aún de lo que lo fuera antaño en la cabaña de su padre el zapatero. ¡Ah! ¡cómo se lamentaba! Vestida con harapos, no teniendo ni una mísera choza en la que dormir, bebiendo el agua de las fuentes, comiendo los frutos de los setos, erraba con su marido, que ya no era un príncipe, por el bosque de Brocéliande; él habría cazado animales si hubiese tenido un arco y flechas, pero tan pobre como era no lo tenía. ¡Rara vez algún leñador les daba un mendrugo de pan al final de una larga y laboriosa jornada! En más de una ocasión estuvieron apunto de morir de hambre. Y, sin duda, habrían puesto fin a su miseria precipitándose juntos desde lo alto de alguna roca, si no hubiesen tenido el consuelo de hablarse en voz baja por las noches sobre un camastro de helechos, en el dulzor nocturno, y dormirse abrazados boca con boca. Pero al despertar estaban muy tristes.

Ahora bien, ese día, golpeados con las ramas por el malvado leñador, llegaron a un claro que atravesaba un arroyo, dejándose caer en la hierba, y, el marido, roto de fatiga, se durmió, mientras Balbina lloraba cálidas lágrimas con la cabeza entre las manos.

–¡Tienes lo que te mereces! – dijo una voz con tono colérico.

La que hablaba era el hada que había dado la camisa a Balbina, la joven hada victoriosa como una jornada de julio, y semejante, en su vestido de terciopelo escarlata, a una reina que se pasease por el bosque. Pero mostraba un rostro muy irritado.

–¡Sí, eres justamente castigada! – continuó.– ¿No te había recomendado que jamás te quitases la camisa que te di?

–Por desgracia, señora, es cierto que os he desobedecido; ¿Pero quién no hubiese hecho en mi lugar lo que yo hice? ¿Pensáis acaso que es fácil resistir a los ruegos de un marido que, entrando por primera vez en la habitación nupcial... Os aseguro que era mi intención volverme a poner la camisa al día siguiente de mis bodas. Solamente que no la he encontrado.

–Ella huyó, justamente horrorizada de tu afrenta, y yo no te la devolveré a menos que no te arrepientas sinceramente de habértela quitado.

– ¿Cómo puedo arrepentirme, señora? ¿Cómo podría tener algún remordimiento por la felicidad que concedí a aquél que me es más querido que la vida? ¿Acaso no he sido ya castigada con exceso por todos los males que padezco por la maravilla que vi en sus ojos?

–Al menos,– dijo el hada,– prométeme que no volverás a quitarte la camisa si consiento en hacerte un nuevo presente.

–¿Cómo podría prometerlo? Desde luego sufro amargamente en la miseria en la que he caído; los mendigos de los caminos, golpeados por las ráfagas del viento invernal, no pueden quejarse más que yo. Pero – os ruego que penséis en ello, señora – ¿es que mi marido no tiene el derecho de exigir de mí todas las delicias que le puedo ofrecerle?, ¿y

no sería mi deber, si no ya mi placer, no desalentar por la inoportunidad de una tela el fervor de su ternura?

El hada, menos irritada de lo que quería aparentar, no pudo evitar una sonrisa.

–Debo reconocer,– dijo,– que las mujeres encuentran un singular placer en no estar vestidas del todo. Vamos, te perdono; quiero devolverte la camisa – tenla, aquí la tienes – con todas las dichas, todas las glorias y todas las riquezas, pero a condición de que si te la quitas durante la noche no la quitarás nunca por el día. ¿Es mucho exigir?

–¡Creo,– dijo Balbina– , que devolverla sin condiciones hubiese sido más digno de vuestra magnanimidad, gran hada! Sin embargo haré todos los esfuerzos posibles para no desobedeceros demasiado a menudo...

Esta vez, el hada prorrumpió en carcajadas. Luego desapareció, igual que una nube de oro que se desvaneciese en la luz. Ni Balbina ni su marido estaban allí tampoco. Al día siguiente se despertaron en el lujo de antes, bajo cortinas de seda y de encajes, en una cama lentamente mecida, al son de lejanos instrumentos, invisibles, que ejecutaban la canción de su dicha. ¿Y la camisa? Estaba al pie de la cama, toda blanca, con aspecto de esperar. Sí, sí, Balbina la pondría, alguna vez.

## LA SERPIENTE DIOS

Cómo se le daba caza en las diversas regiones de Europa porque, recitando sonetos y baladas, volvía locas de amor a todas las princesas y archiduquesas – lo que no dejaba de desbaratar acuerdos diplomáticos contrariando alianzas reales, – ese niño cantor de tiernos poemas viajó no sin placer a la fabulosa África; aunque echó de menos a las hijas de reyes, acodadas en los balcones de los palacios, se consideró muy dichoso de no volver a ver los soles pálidos que se apagan casi al mirar la monotonía de las gentes y las cosas, ni a las estrellas ahumadas por negras locomotoras; y, no más tarde que anteayer, habiendo dejado a la barca seguir la perezosa corriente del río, él se paseaba a orillas del Nilo en compañía de una joven esfinge muy sabia, pero juguetona y melindrosa como un animal de compañía; esfinge antaño de granito rosa que le reveló muchos viejos secretos, muchas historias antiguas en las ardientes tardes, cuando se detenían cerca de un pozo a la sombra de alguna palmera.

Paseándose, el niño cantor combinaba en su pensamiento las aventuras de alguna gloriosa epopeya o ajustaba,– no lejos de las pirámides–, las nuevas rimas de un rondel, cuando el más maravilloso de los espectáculos le arrancó un grito de admiración. Allí, ante él, se levantaban deslumbrantes y dispersas, semejantes un tumultuoso golfo de sangre rosa y oro bruscamente inmovilizado en plena tempestad, las ruinas de un gigantesco palacio de granito suntuosamente brillando al sol, y entre los obeliscos caídos esculpidos de signos, entre los resplandecientes fragmentos de muros incrustados de pedrerías semejantes a hermosos ojos de monstruos o dioses prisioneros en la piedra, en torno a una especie de trono o altar que parecía tallado en un solo bloque de oro, se movían, reptaban, levantaban y bajaban la cabeza desenrollando sus nudos en una deslizante confusión de llamas vivas, innumerables serpientes, las más hermosas de la tierra: había allí boas, crótalos, dragones coralinos y pitones, largas culebras brillantes como cintas de seda y finos luciones gris perla y de rojos penachos; y todos esos magníficos reptiles, donde se incendiaba el día, parecían, en sus lentos movimientos y mediante saludos, glorificar el trono de oro deslumbrante y solitario.

–¡Oh! –exclamó el cantor de poemas,–¿por qué todas las serpientes-reinas, las más soberbias y las más temibles del mundo, están reunidas en este lugar, y se humillan alrededor de este bloque de oro macizo? ¿Quién es el inmortal al que adoran? Sin embargo yo no veo ídolo alguno sobre el altar liso y vacío.

La pequeña esfinge dijo con una risa:

–Es que miras mal.

–¡Ah!, sí, – dijo el niño poeta,– creo percibir, en efecto, sobre el oro, una pequeñísima forma alargada gris, fea, donde brillan dos ojos finos. Pero, seguramente, no es ese enclenque reptil, feo como los lagartos de las paredes, semejante a un cordelillo sucio, al que saludan todas esas espléndidas serpientes, más bien dioses que animales, ese no es ante el que ellas inclinan su majestuoso y formidable esplendor, deslumbramiento y fascinación de la mirada.

Pero la esfinge dijo:

–¡Recuerda! En esta tierra hoy desierta, fue donde se mataron ejércitos, fue cerca de este río donde se desliza alguna lenta barca, cuando se encontraron los dos navíos igualmente luminosos porque el sol lanzaba sus rayos sobre uno y porque la Reina, en la proa del otro, estaba acostada casi desnuda; fue en ese palacio, ruina conservando aún las fuerzas y las glorias de antaño, donde ella vivió y triunfó, la radiante dominadora de cuerpo dorado, la vencedora de los vencedores, la que, desde la suela de su calzado encantaba la nuca de los emperadores arrodillados, y que, mostrándoles de un lado el mundo y del otro su cama, les decía riendo: «Elegid» segura de su elección; fue aquí donde ella amó, fue aquí donde fue amada por los dueños de la tierra y por las almas de los esclavos negros, la peligrosa, la deliciosa, la terrible, la dulce, la que no tenía más que abrir su vestido, donde vivía la diosa más perfecta que las diosas, para ser digna de todas las hazañas y absuelta de todos los crímenes. Ahora bien, un día lloró porque él bárbaro romano había vencido; se cansó de vivir; y de entre las hojas de una cesta de higos...

–Sí, – dijo el joven cantor, – el áspid traidor salió de entre las hojas...

¡Y mordió el seno de Cleopatra! el adorable seno semejante a un pequeño escudo con un rubí en la punta. Luego se escapó mientras ella moría, a partir de entonces inmortal por haber tocado la incomparable carne de la reina. Los siglos han pasado en vano, con su infinito cortejo de mañanas y noches, y el áspid vive y todavía triunfa sobre las ruinas del palacio, y, sin cesar, desde todos los rincones del mundo, atravesando mares, subiendo y bajando montañas, reptan hasta él, inmóvil y soñador sobre el altar, todos los gloriosos reptiles-reyes, y, humillan su resplandeciente orgullo adorando al humilde, al raquíptico y al feo que un niño aplastaría con el talón, porque poniendo su boca donde se extasiaron los labios de los héroes, ¡mordió el pecho de rojas puntas de la reina con piel de oro!

### LABIOS VIEJOS Y JOVEN BESO

Tan viejo, tan triste y cubierto apenas de sórdido harapos, un pobre mendigaba sentado al borde de un gran camino.

Alguien pasó, alguien que era muy rico, y al que seguían criados elegantemente vestidos.

–¡Una limosna! ¡una limosna, por favor! Antaño yo tenía cofres llenos de monedas y pedrerías. Ahora ni siquiera tengo un centavo en mi escudilla. ¡Dadme una limosna!

El rico transeúnte, conmovido, dio una moneda de oro a ese pobre hombre.

–¡Gracias, rico señor! Gracias a esta moneda de oro, pensaré en las opulencias de antaño, y me devolvéis la ilusión de las riquezas desaparecidas.

Un soldado de bonito uniforme pasó por el camino; lo seguía una escolta tocando heroicas trompetas; y en su mano derecha llevaba unas ramas de laurel que hacía oscilar gloriosamente en el aire.

–¡Una limosna! ¡una limosna, por favor! Antaño fui un orgulloso vencedor rodeado de un tumulto de aclamaciones, y la magia de los triunfos agitaba estandartes sobre mi frente.

El glorioso transeúnte, conmovido, dio una hoja de laurel al pobre hombre.

–¡Gracias, ilustre señor! Gracias a esta hoja de laurel, soñaré con las victorias de antaño, y me devolvéis la ilusión de batallas olvidadas.

Pasó una enamorada de dieciséis años, muy bonita, con su enamorado. El mendigo dijo negando con la cabeza.

–Antaño era amado por bellas mujeres, ¡rubias como vos los sois, querida! y sus labios eran tan frescos como los vuestros. Ahora, viejo y feo, ya no conozco el perfume del beso que se posa como una mariposa en una flor.

Pero no pidió limosna.

La enamorada que pasaba se conmovió.

–Con permiso de mi amigo, – dijo al mendigo – pondré en vuestra triste boca la limosna de un joven beso.

Y el enamorado, con misericordia, dijo:

–Yo lo permito.

Pero el mendigo respondió:

– ¡No! ¡no! ¡No quiero nada de tus labios, niña que pasas! Una moneda de oro, o una hoja de laurel pueden hacer renacer en mí la ilusión de las opulencias o las

victorias. Pero un joven beso sobre viejos labios no devuelven el amor. Los corazones apagados son de los muertos que no resucitan. ¡Marchad, marchad aprisa, niños enamorados! ¡Qué no escuche vuestras tiernas voces y vuestras risas! pues nada es más cruel para un difunto dormido bajo el césped marchito, que el arrullo de dos palomas en el ciprés de su sepultura.

### EL COPO DE NIEVE

¡Nevaba! No era culpa mía. Habíamos partido hacia el campo en un día soleado, ya tibio, que hacía refulgir los cabellos de Coelia; y la llanura, desde el primer piso del albergue, se animaba con la luz del verano. Pero hete aquí que de repente, entró por la ventana abierta una ráfaga de viento, arrojando hacia mi amiga cien pequeños copos de nieve dispersos, de los cuales algunos se deslizaron sobre su piel bajo el vestido desabrochado. Ella emitió un grito terrible y manifestó que no me perdonaría jamás esa espantosa aventura. Desde luego yo era culpable de todo el daño acontecido. Debería haber previsto que el día oscurecería, la ráfaga de viento, la blanca tempestad. Incluso se consideraba autorizada a suponer que yo había hecho las cosas con premeditación, que la había hecho caer en una trampa, ¿y por qué? para que enfermara de gripe, para que, con la nariz demasiado roja, no pudiese ir al baile de la baronesa de Linège. Pues ella me preguntaba que si yo no hubiese tenido malas intenciones respecto a ese punto, ¿le hubiera desabrochado la blusa en el preciso instante en el que ella iba a verse envuelta en el huracán de nieve? Y durante mucho tiempo me lo recriminó con palabras muy duras. Luego fue peor aún: se calló, taciturna, fría inmóvil, mirando hacia la pared con ojos impasibles. Pues Coelia es cruel a veces, y, cuando está enfadada tarda mucho en enternecerse; ¡qué lenta es en aflorar sobre sus labios la sonrisa que perdona! Arrodillado ante ella, en vano traté de convencerla de que yo nada tenía que ver con la catástrofe que se había producido, que el sol no se había ocultado a mis órdenes, y que no era mi soplado el que había arrojado sobre ella la pequeña lluvia de copos. También le decía que no tenía ninguna intención de impedirle ir al baile de la Señora de Linège, que no se pondría enferma, que sería la más bella de todas en ese baile, con una nariz más blanca que unos pétalos de rosa blanca. No quería escuchar nada y permanecía estática, con la mirada fija, no abriendo la boca más que para decir: «Dejadme, señor, ¡ya no os amo!»

¡Oh, malvada, oh, cruel amiga, más fría incluso que la propia nieve! pues, inclinándome hacia ella para suplicarle más de cerca, vi sobre su corazón un pequeño copo posado y que no se había fundido de lo helado que estaba su corazón!

Pero de repente, a través de los cristales, reapareció el sol radiante como una eclosión de un rosa luminoso, y el copo se fundió en una tibia lágrima; el copo y también el corazón.

## LOS PÁJAROS FALSOS

Un viajero pasó por esa región; aunque había visto muchos bosques quemados por los rayos, muchos ríos secos por soles furiosos e innumerables ruinas y ciudades de vivos convertidas en necrópolis (pues los tristes espectáculos son frecuentes por los caminos) se sintió invadido de una melancolía que hasta entonces no conocía, de tanta desolación y horror que se mostraba ante sus ojos. Lo que se le aparecía eran los restos de palacios rosas, fragmentos de altares dispersando sus jades, sus oros y también el alabastro de sus divinas estatuas; árboles derribados sin hojas, antaño robles o rosales, amontonándose en los senderos sin sombra, jardines sin hierba; y se estremeció viendo entre los desastres esparcidos unos esqueletos desnudos, aquí y allá, que se retorcían, inmóviles en poses de espantosa agonía. «¡Por desgracia, dijo el viajero, la cólera de los dioses es terrible! pero ¿quién sabrá nunca, dado que estos muertos lo están desde hace tanto tiempo, por qué crimen los ha castigado la justicia celestial?» Y lloraba a causa de antiguas lágrimas.

Una voz cercana a él le dijo:

–¡Del único superviviente de una raza inmemorial, justamente castigada, sabrás la verdad, viajero! ¡Los habitantes de este país merecieron el dolor y la muerte debido a su amor por los Pájaros Falsos!

El viajero se volvió; el ser que había hablado parecía más viejo que los más viejos humanos, y la miseria de su rostro revelaba el hábito de una irremediable desesperación. Sus harapos apenas ocultaban la repelente delgadez de su cuerpo; pero – ¡singular espectáculo!– esos harapos eran pedazos de piel de armiño, de terciopelo púrpura, de suntuosos brocados. Se despertaba en él la idea de un mendigo que hubiese sido un rey. Una diadema descolorida, donde se apagaban de vejez los rubíes y las perlas, rodeaba sus cabellos blancos que parecían llegar a tocar sus pies adornados con anillos y completamente rasgados por las zarzas.

\*\*\*

El anciano continuó:

– Un pueblo feliz entre todos los pueblos era el que vivía en los tiempos de mi alegre adolescencia en este país hoy tan melancólico, tan alegre y floreciente antaño. En ningún lugar de la tierra los jóvenes eran más orgullosos ni las mujeres más bellas; y, cuando estaban cansados de orar en los magníficos templos o de reunirse en los palacios



de mármol rosa, tenían para distraerse en sus paseos bosques de laureles rosas, valles siempre verdes y senderos de acacias floridas. Pero sobre todo les encantaban los pájaros que, por las órdenes de dioses muy buenos, revoloteaban sobre toda la comarca con trinos y batir de alas más dulces para los corazones que las más deliciosas músicas. Nada más oír, nada más ver a esos pájaros, se conocía el infinito de las puras embriagueces, de todas las delicias sin hastío; pues – palomas, currucas, ruiseñores, águilas – se denominaban inocencias, risas, amores, glorias; y, en cuanto a mí, yo era el más afortunado de los vivos porque a cambio de un ruiseñor-amor que le había dado a una joven fresca como las flores nuevas, me había entregado una paloma-inocencia. ¿Pero cuando los hombres fueron lo bastante prudentes para contentarse, sin lasitud ni deseos perversos, con los bienes que les dioses les otorgan? Los habitantes del país feliz no tardaron en desdeñar a los adorables pájaros que cantaban y volaban en el luminoso aire; dijeron que esas voces siempre eran las mismas, que sus plumajes siempre eran del mismo color; hubiesen querido oír y ver algo nuevo; y además se sentían un poco humillados en su orgullo por deber sus goces no a sí mismos, sino a las misericordiosas divinidades. Tuvieron la idea de que se podrían crear pájaros que, aún pareciéndose un poco a las alas antes tan queridas, serían más bellos que ellas, y mas agradablemente sonoros. Ahora bien, yo era famoso en aquel tiempo entre los orfebres más hábiles de la comarca; se me confió la temible tarea, y por desgracia me volqué en ella. Fabricaba palomas que eran inocencias, currucas que eran risas, ruiseñores que eran amores, águilas que eran glorias; pero estaban hechas de fina tela de seda teñida con mil matices, de ligeros metales y con todas las pedrerías; y sus voces eran producidas por el misterio de un mecanismo ingeniosamente combinado. No se podrían expresar los goces de todo el pueblo cuando los Pájaros Falsos palpitaron y gorjearon al sol. La opinión general fue que jamás se había visto ni oído nada semejante. Los más sensatos se prendaron de esas alas mentirosas, de esas voces mentirosas; y se burlaron de los dioses, menos hábiles que yo, quiénes para crear pájaros tenían necesidad de plumas verdaderas y de un poco del alma universal. Incluso yo mismo estaba tan orgulloso de mis obras que no vacilé en dar uno de los nuevos ruiseñores-amor a aquella que yo creía amar, a cambio de una paloma-inocencia, que no había nacido en un nido del bosque. Y pasaron muchos años. Y todos se proclamaban felices y triunfantes; Y en todo el país había cantos festivos durante todo el día y la noche, y rumores de besos. Tanto fue así que finalmente una tristeza, peor que los más amargos dolores, invadió los corazones, los espíritus, apagó las llamas de los ojos y los labios. Los hombres y las mujeres en vano fingían amar, cantar, reír; sentían que la melancolía de la mentira había entrado en ellos; y, a pesar de las negativas de su orgullo, detestaban a los pájaros falsos hechos de sedas y pedrerías, que no trinaban más que por el mecanismo de un ingenioso misterio. ¡Entonces destrozaron esos juguetes! y se lanzaron hacia los bosques de laureles rosas, hacia los valles verdes, hacia los senderos de acacias floridas esperando a las palomas, las currucas, los ruiseñores y las águilas de antaño. Pero, por el equitativo deseo de los dioses, todos los pájaros auténticos habían huido, y los culpables habitantes del país, tan felices antaño, comprendieron que no volverían a ver jamás las frescas alas sinceras, que no oirían jamás las más bellas canciones francas de las inocencias, de las risas, de los amors y de las glorias.

\*\*\*

El anciano añadió:

–Y han muerto a causa del sombrío aburrimiento; los palacios y los templos se han desmoronado, los árboles han llorado sus hojas muertas sobre estos desesperados

difuntos. Yo solo he sobrevivido, siendo le más culpable de todos puesto que yo fabricaba los pájaros-mentirosos. ¡Cuántos días, cuántos meses, cuántos años han pasado sobre mi frente en el aire silencioso y sin vuelos! he aquí que atravesando el camino yo marchó con mis cabellos blancos. ¿Es que la cólera de los dioses no se apaciguará nunca? ¡No me permitirán morir! ¡Oh, qué me dejen morir! no me quejaré en los rojos infiernos donde me esperan los suplicios, si, antes de cerrar mis mortales ojos, me ha sido concedido escuchar, una sola vez, ¡oh, nada más que una vez y menos que un instante, el trino de un petirrojo sobre el espino de un seto!

**ÍNDICE DE CUENTOS**

La Felicidad de los otros.....	2
La paradúltera.....	4
El gran bailarín.....	8
El rondel bajo las acacias.....	10
Borrachera.....	12
La buena esposa.....	14
La dicha imposible.....	16
La rosa y la aparición.....	17
Buenos ejemplos.....	21
La bella durmiente en la cama.....	22
La flecha, el ala y el corazón.....	24
La intérprete de sueños.....	25
Sor Colette.....	27
La explicación plausible.....	30
El espejo.....	32
El talismán.....	34
El milagro.....	37
Balbina y su camisa.....	39
La serpiente-dios.....	43
Labios viejos y joven beso.....	45
El copo de nieve.....	47
Los pájaros falsos.....	48